
HARLEQUIN
Jazmín
Margaret Way
Recuperando la felicidad

Recuperando la felicidad

En lo más profundo de Australia… había un hombre que nunca había dejado de amarla.

Christine iba de camino a casa, una ciudad llena de agridulces recuerdos pero que también era el hogar del único hombre al que había amado en su vida: Mitch Claydon.

Mitch recordaba a Christine con rabia; él la había amado con todo su corazón, incluso le había pedido que se casara con él, pero ella había preferido vivir lejos de Koomera Crossing… Después de tanto tiempo y, a pesar de sus intenciones, Mitch tenía que admitir que Christine seguía tan bella como siempre…

CAPÍTULO 1

EL AMOR era una cosa curiosa. Nunca se extinguía o, por lo menos, eso era lo que le había ocurrido a él.

Su amor era incondicional, irreversible. Lo había encontrado una vez y sabía que no se iba a repetir.

No había vuelto a repetirse desde Christine. ¡Siempre Christine!

Aunque viviera cien años, no olvidaría al amor de su infancia, al amor de su vida, la increíblemente guapa Christine Reardon.

Tanto la había amado, a diferencia de ella a él, que estaba seguro de que no se podría enamorar de otra persona.

Seguía hechizado por ella aunque Christine lo había tratado mal, y eso para un hombre orgulloso como él era difícil de soportar.

Habían aprendido a amarse a una edad muy temprana.

Tanto Christine como él habían nacido y crecido en el Outback, aquella región de campo interior australiano tan increíble, ambos eran hijos de familias de pastores y, por ello, había entre ellos un vínculo especial.

Él, Mitchell Claydon, era el heredero de Marjimba Station, y ella era la nieta de la recientemente fallecida Ruth McQueen, a cuyo velatorio iba Mitch en aquellos momentos.

El velatorio, que se celebraba en Wunnamurra, la mansión familiar, parecía no tener fin, ya que toda la región se había congregado allí para presentar sus respetos a aquella familia de pioneros.

Mitch llevaba allí ya dos horas, sufriendo el calor agobiante y soñando con una cerveza fría. Tal vez era un pensamiento irreverente, pero era la realidad.

Ruth no había sido en vida una abuela normal, sino una mujer de mucho carácter y bastante mal genio que había conseguido hacerse insoportable con el paso de los años.

A Mitch nunca le había caído bien. De hecho, casi había llegado a odiarla, así que no entendía qué hacía allí.

¿Acaso Christine no había huido de él para escapar a las garras de su abuela? Eso al menos era lo que le había dicho ella.

En cualquier caso, la partida de Christine había sido terrible, porque hasta el último momento le había asegurado que lo amaría para siempre. El fervor con el que le decía aquellas palabras todavía resonaba en el corazón de Mitch.

- ¡Cuánto te quiero, Mitch! -le decía en tono de adoración.

Su rostro era entonces luminoso como una perla y llevaba la

trenza deshecha, así que el pelo le brillaba incluso en la oscuridad de su lugar secreto, una laguna rodeada de azucenas rosas que muy poca gente conocía.

Sus maravillosas manos siempre olían a flores y le acariciaban el pecho desnudo formando espirales que se movían arriba y abajo y que a él lo hacían enloquecer.

Habría hecho cualquier cosa por ella.

Christine tenía poder, ese tipo de poder primitivo de mujer guapa y seductora. Lo había cautivado tanto que jamás se había fijado en otras chicas.

Christine.

Siempre Christine.

Sus ardientes declaraciones de amor habían resultado mentiras. Lo había traicionado y había jugado con él, se había burlado del amor que decía sentir por su persona.

El dolor y la ira de Mitch eran tan profundos que no había podido deshacerse de ellos.

Entonces, ¿por qué no había podido olvidarla? Lo había intentado, pero no había podido.

Y ahora estaba en el salón de la casa de su familia viendo cómo se despedían los presentes.

Mucho beso educado, muchas condolencias diplomáticas, pero lo cierto era que la muerte de Ruth había sido recibida con alegría.

A Ruth no le habría importado. De hecho, mientras estuvo viva se encargó de que los que la rodeaban y a los que ella consideraba inferiores, es decir, todo el mundo, la odiaran.

Ruth había sido la arrogancia y el esnobismo personificados.

Kyall era completamente diferente. Nadie podía hablar mal de Kyall McQueen, su mejor amigo, ni de su prometida, Sarah Dempsey, directora del hospital de Koomera Crossing.

Junto a ellos estaban la madre y el padre de Kyall, Enid y Max, un matrimonio que nunca se había llevado bien, y la problemática prima de Kyall, Suzanne, que acababa de llegar del internado.

Pero lo que tenía a Mitchell obnubilado aquel día era la atractiva mujer que había al lado de Suzanne y que parecía un ave exótica.

Christine.

¡Su único amor!

¡Qué bonitos eran aquellos tiempos cuando el amor se había apoderado de ellos! Mitch los recordaba con tanta intensidad que no había sido capaz de entregar el corazón a otra persona.

¿Le habría pasado lo mismo a Christine? Su vida había

cambiado mucho desde los tiempos en los que era una tímida adolescente que agachaba la cabeza y hundía los hombros para ocultar su altura.

Se había convertido en una modelo internacional que solía aparecer en las portadas de las mejores revistas de moda.

Mitch la había visto aquella mañana bajando las impresionantes escaleras de Wunnamurra y se había dicho que aquel andar felino de la pasarela era mucho más impresionante en vivo y en directo.

¡Qué visión! A pesar de todo, había sentido que las flechas del amor lo traspasaban. De repente, se había sentido como un pobre lacayo que admira a una diosa que se ha dignado a visitarlo.

Tanta belleza no se podía aguantar. Se había quedado mirándola sin decir palabra, con el corazón desbocado.

-¡Mitch, cómo me alegro de verte! -había exclamado Christine con una sonrisa radiante-. Muchas gracias por venir.

En aquellos momentos, a Mitch se le habían agolpado todo tipo de imágenes del pasado en la cabeza: Chris y él montando a caballo, nadando, bañándose desnudos en el riachuelo que cruzaba Marjimba, internándose en el campo y explorando cada uno el joven cuerpo del otro.

No sabía cómo había conseguido salir adelante, pero lo había hecho.

-Bueno, al fin y al cabo, somos familia, ¿no, Chrissy? -le había contestado él sin abrazarla ni besarla.

Sospechaba que aquello de llamarla Chrissy no le había hecho ninguna gracia, pero era su forma de demostrarle que lo que era ahora a él no le impresionaba.

Aquello había sido veinte minutos antes de que toda la familia se trasladara al cementerio, donde enterraron a Ruth con toda la pompa que desde luego no se merecía.

Desde entonces, Mitch había temido que sus sentimientos se descontrolaran a pesar de que era un hombre que había decidido, después de haber sufrido un serio revés al verse abandonado por Chiristine, que jamás se volvería enamorar.

El amor era tan sólo una palabra de cuatro letras. Mitch sólo buscaba compañía, sexo, porque sabía que así no había dolor. Aun así, era triste saber que no se podría volver a enamorar.

Christine, el deseo de su corazón, se había convertido en un precioso cisne, en un diamante tan pulido y tan brillante que Mitch no podía apartar los ojos de ella.

En su casa se habían quejado desde un primer momento de su elevada estatura, ya que Christine medía más de un metro ochenta.

Sí, era cierto, era bastante alta para ser una mujer, pero eso no les daba derecho a haber sido tan crueles con ella.

Christine se había sentido entonces como un animalillo enjaulado y por eso había huido de casa.

Cualquiera que conociera su situación podría entender por qué lo había hecho, incluido Mitch. Lo malo era que eso había ocurrido cuando Mitch creía que estaban completamente enamorados.

Maldición, lo había dejado casi en el altar.

Entonces, Christine tenía diecinueve años y él veintiuno, y Christine siempre había insistido en que quería encontrarse a sí misma antes de tener algo serio con él.

Aquello enfurecía a Mitch, pues ella había prometido con catorce años que se casaría con él. Aunque Mitch comprendía ahora que aquellas habían sido promesas absurdas de adolescentes, seguía sintiendo lo mismo.

Y ahora, debido a la muerte de su abuela, Christine había vuelto a casa. ¿Por cuánto tiempo? ¿Un par de días? ¿Una semana?

Lo cierto era que se podía permitir el lujo de tomarse unas vacaciones, ya que ni siquiera necesitaba trabajar. Christine tenía una cuenta bancaria de lo más saneada, pero trabajar como modelo la debía de hacer sentirse bien.

Desde luego, había cambiado. Ya no caminaba echada hacia delante para disimular su altura. ¿Cuántas veces le había dicho Mitch que irguiera los hombros? De todas formas, a él siempre le había gustado.

Christine había aguantado toda la ceremonia con paciencia, no había dado muestras de nerviosismo en ningún momento, como había hecho tantas veces en el pasado y por lo que se había ganado tantas reprimendas.

Aquella maravillosa sonrisa, ahora conocida en el mundo entero, pero que antaño sólo él había disfrutado...

Mitch tenía todavía guardado uno de los primeros anuncios que Christine había protagonizado, uno de pasta de dientes. Había estado a punto de romperlo varias veces, menos mal que no lo había hecho.

¡Christine!

Mitch sintió que la ira se apoderaba de él. Después de haber estado tantos años sin verla, estar en la misma habitación le hacía sentir una mezcla de furia y de dolor.

Mitch sabía que el tiempo pasaba. Todos sus amigos se iban casando. Y él, nada.

Christine tampoco se había casado aunque Mitch sabía que no

había sido por falta de pretendientes. Había seguido sus relaciones amorosas a través de los periódicos y, así, se había enterado de que por ejemplo se la había relacionado con un famosísimo actor estadounidense de series de televisión.

Su madre había comentado entonces que aquel actor se parecía a él, y era cierto que era alto, rubio y de ojos azules.

Fue precisamente su madre la que le hizo una seña desde el otro lado de la habitación indicándole que se iban a marchar.

Apenas había hablado con Christine. Había tenido más que decirle a su prima Suzanne, que no debía de contar más de dieciséis años.

En el pasado, Christine y él se besaban y abrazaban aunque se hubieran visto la noche anterior, pero eso había sido hacía muchos años.

Ahora, Christine había vuelto y Mitch no sabía qué iba a hacer.

Christine no podía dejar de mirar a Mitch. Su corazón estaba lleno de dolor y de arrepentimiento, de recuerdos que no había sido capaz de olvidar jamás.

A pesar de que llevaban años separados, Mitch seguía teniendo el mismo efecto sobre ella que cuando era un adolescente.

Era imposible olvidarse de aquel hombre.

Mitch Claydon era guapo y heterosexual. En su mundo, había muchos modelos guapos, pero casi todos homosexuales. Lo cierto era que su mundo no tenía nada que ver con Mitch.

Parecía que, desde su partida, de alguna manera se había vuelto más inaccesible. Christine podía leerlo claramente en sus ojos: «Una vez te quise, pero no estoy dispuesto a volverlo a hacer».

Su manera de saludarla cuando se habían encontrado aquella misma mañana hablaba de lo mismo. Mitch le había estrechado la mano y le había sonreído, pero el mensaje había sido el mismo: «¡No te acerques a mí!»

Christine estaba muy triste, pero creía estar disimulándolo bien. Su profesión de modelo la estaba ayudando a ello, era capaz de disimularlo todo.

Christine miró a sus padres, que estaban hablando con los Claydon, y se fijó en su padre, que había sufrido mucho debido al carácter dominante de su esposa y de su suegra.

Christine se había preguntado muchas veces por qué se habrían casado sus padres siendo tan diferentes. Al final, su hermano y ella habían decidido que la unión de sus padres era más un matrimonio

de conveniencia entre dos poderosas familias que un asunto de amor.

Su abuela, Ruth, no había disimulado en ningún momento la repulsa que le provocaba que su nieta se dedicara a «esa profesión tan decadente».

Era cierto que la profesión de modelo era a veces decadente. Era un mundo en el que el alcohol, las drogas y los depredadores sexuales estaban a la orden del día.

Algunas de sus amigas tenían serios problemas para sobrellevar aquel mundo, pero ella siempre lo había hecho con soltura porque tenía muy claro que no se quería embarcar en ninguna relación que no estuviera basada en el amor.

Pero a pesar de todos sus éxitos profesionales, de todo lo que había conseguido en la vida, aquello no lo había logrado.

Todavía seguía pensando en Mitch.

El amor era como una planta. Había que alimentarlo para que no muriera. Ella todavía no había llegado a ese punto, pero parecía que Mitch sí lo había hecho y no lo culpaba por ello.

Una parte de Christine nunca había abandonado su hogar, pero siempre le había dado miedo volver. Sobre todo porque fuera de allí había conseguido convertirse en una profesional de éxito, en una persona independiente.

Temía que en cuanto pusiera un pie en su casa volviera aquel viejo sentimiento de que no valía para nada, aquel viejo sentimiento que le habían inculcado tanto su madre como su abuela.

Ahora, su abuela había desaparecido.

-Christine, nos vamos -le dijo la madre de Mitch con cariño-. Por favor, quédate unos días y ven a vernos. Te tengo que contar un montón de cosas. Por favor, prométeme que vas a venir a casa a pasar unos días con nosotros.

Christine miró a Mitch de reojo.

-No sé si a Mitch le haría mucha gracia -contestó.

-Por eso no te preocupes -le aseguró Julanne-. Volveréis a ser amigos. Yo siempre he entendido por qué te tuviste que ir.

-No me quedó más remedio, esa es la verdad.

-Lo sé, pero ahora las cosas han cambiado. Sin tu abuela, será más fácil. Era una mujer extraordinaria, pero causaba muchas tensiones.

Christine asintió.

-Le gustaba la perfección... bueno, más bien, lo que ella entendía por perfección. Desafortunadamente, yo no entraba en esa descripción. Mi madre y mi abuela estaban de acuerdo en una cosa:

ambas querían una muñequita con la que poder jugar.

-Y se encontraron con una jovencita increíblemente bella, tanto por dentro como por fuera.

-Muchas gracias, señora Claydon -sonrió Christine.

-No me llames señora Claydon, por favor. Llámame Julanne. No olvides que te he visto crecer.

-¡Y crecer y crecer! -bromeó Christine.

-Precisamente por tu altura y por esas maravillosas piernas te has hecho tan famosa, querida -apuntó Julanne.

-Lo sé -contestó Christine besando a la madre de Mitch-. Nunca he olvidado lo buena que fuiste siempre conmigo.

-Era muy fácil ser buena contigo, Christine -le dijo Julanne sinceramente recordando cómo todas las atenciones en su casa se concentraban en su hermano Kyall y a ella no le quedaba nada-. Bueno, ¿vas a venir? Me muero de ganas porque me cuentes cosas.

-Por supuesto -sonrió Christine-. Tengo que consultar mi agenda, pero en cuanto tenga un hueco te llamo.

-Mitch podría venir a buscarte -sugirió Julanne, que nunca había perdido las esperanzas de que su hijo y Christine se reconciliaran.

Al fin y al cabo, durante años, habían sido dos parejas maravillosas: Mitch y Christine y Kyall y Sarán.

-¿Qué es lo que podría hacer Mitch? -preguntó él desde atrás.

Había desafío, tal vez animosidad, detrás de aquella pregunta.

Christine se tensó de pies a cabeza.

-Que te lo diga tu madre, yo no me atrevo -confesó.

-Esa no es la Christine que yo conozco. A la Christine que conozco nunca le dio miedo decir nada.

Estaba claro, era la guerra.

Julanne se dio cuenta y tomó a su hijo del brazo.

-Mitch, cariño, le he pedido... bueno, más bien le he rogado a Christine que venga a visitarnos.

-Estupendo -contestó Mitch-. Supongo.

-No pareces muy seguro.

-No, lo que pasa es que supongo que Christine estará deseando volver a la Gran Manzana con su novio...

-No tengo novio -contestó Christine.

-¿Cómo que no? -insistió Mitch-. ¿Cómo se llamaba, mamá? ¿Te acuerdas? Aquel con el que aparecía en una revista.

-Ah, sí. Ya sé a quién te refieres. A Ben Savage -contestó Christine-. Ya no salgo con él.

-Qué pena. ¿Y eso? -quiso saber Mitch mirándola intensamente.

-No es asunto tuyo -contestó Christine.

Mitch sonrió peligrosamente.

-Lo cierto es que se parece...

-A ti -concluyó Christine-. Sí, eso fue lo primero que me llamó la atención de él.

-¿Ah, sí? Vaya, hubiera jurado que eso habría sido suficiente para que no te fijaras en él jamás.

La tensión iba aumentando por momentos.

-Resulta que Ben es un hombre encantador, agradable, cariñoso y educado.

Mitch no pudo evitar que sus ojos se posaran en el lunar que Christine tenía sobre el pómulo derecho. Siempre le había encantado.

Nada había cambiado, por mucho que él se empeñara. Su corazón, a pesar de estar solo, no se había congelado.

-Y, entonces, ¿por qué lo dejasteis?

-Cuando lo sepa, serás el primero en saberlo -contestó Christine.

-A ver, niños -intervino Julanne asustada por las chispas que saltaban entre ellos-, portaos bien el uno con el otro. Sois amigos, no enemigos. Os dejo a solas para que os despidáis. Por favor, Christine, llámame.

-Por supuesto -prometió Christine nerviosa ante la perspectiva de quedarse a solas con Mitch.

-Algún día, mi madre se dará cuenta de que ya no somos niños -rió Mitch-. Ya no somos novios y ya no nos vamos a casar.

—Ya sabes cómo son las madres -comentó Christine-. Bueno, algunas madres -añadió pensando en la suya-. ¿Y tú, Mitch? ¿Cómo has conseguido permanecer soltero?

-No será porque no tenga ofertas -contestó él.

-No me puedo explicar por qué.

-Que sepas que la tuya no la tendría en cuenta -le espetó Mitch.

-¿Es que te crees que te la voy a hacer? -se burló Christine.

-Aunque no lo creas, hay muchas mujeres que se quieren casar conmigo. ¿Y tú? Tendrás que ir pensando en sentar la cabeza. No vas a poder seguir siendo modelo toda la vida. En dos años cumples treinta, ¿no?

-Por cierto, ¿recibiste la felicitación que te envié cuando cumpliste tú treinta?

-No -contestó Mitch.

-Qué tonta. Se me debió de olvidar mandártela.

-Por supuesto. Es difícil creer que fuimos una vez amigos. Bueno, más que amigos, amantes...

-No lo he olvidado, Mitch -contestó Christine mirándolo con sus

preciosos ojos azules.

-Por favor, ahórrate esas miraditas conmigo. Soy Mitch, ¿recuerdas? El pobre idiota que te quería. Me pasé años queriéndote, pero parece que al final he conseguido que mi corazón sane -añadió con demasiada amargura-. Fui yo el que se quedó con el corazón roto, Chrissy. Supongo que tú hiciste lo que siempre quisiste: ser alguien.

Christine apartó la mirada y se preguntó qué habría sido del Mitch de entonces, que era dulce y cariñoso.

-Creo que será mejor que no vaya a tu casa.

-Mira, Chrissy, aunque tú y yo nos odiemos, mi madre te quiere y yo quiero mucho a mi madre. Si ella desea que vengas a casa, por mí no hay problema. Te prometo que me portaré bien aunque me cueste un gran esfuerzo.

-Y pensar que te había traído un regalo -comentó Christme.

-Te prometo que no lo abriré.

-Por mí, como si lo quieres quemar. No me importa.

-¡Cuánto dolor! -se lamentó Mitch-. ¡Menuda heroína estás tú hecha! ¿Recuerdas que yo era tu caballero? Te iba a salvar de un dragón que escupía fuego por la boca. Más bien, de una dragona. De tu abuela. Bueno, ahora está muerta.

-Pobre abuela -dijo Christine-. Nadie lamenta su muerte.

-No es de extrañar, ¿no? Le hizo la vida imposible a mucha gente.

-Sí -contestó Christine.

Ni siquiera Mitch sabía toda la verdad.

-¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

-No tengo prisa por volver -contestó Christine.

No tenía ninguna intención de decirle que su profesión ya no la atraía. Estaba harta de quitarse y de ponerse vestidos y de tantas sesiones fotográficas.

Mitch se quedó mirándola.

-¿Y eso qué quiere decir?

-Que me merezco unas vacaciones -contestó Christine intentando sonar casual.

-¿No te da miedo que mientras tú estés de vacaciones encuentren a otra?

-No -contestó Christine sinceramente-. No me fui para hacerme top model.

Mitch la miró sorprendido.

-Chrissy, me confundes. Antes decías que era lo único para lo que servías. Yo siempre supe que no era cierto. Eras una buena

estudiante, aunque nadie en tu familia, aparte de tu hermano y de tu padre, se diera cuenta de ello. Podrías haber conseguido lo que te hubieras propuesto. Y yo te habría esperado.

-¡No, no lo habrías hecho! -exclamó Christine-. Te tenías que salir siempre con la tuya. Querías que me casara contigo, pero yo no estaba preparada. Me ahogaba en mi casa. Estaba estresada tanto mental como emocionalmente. No me supiste entender. Era imposible que me entendieras porque tú tenías una familia feliz y cariñosa en la que reinaba el respeto y la admiración. A ti te criaron para ser una persona segura de sí misma, segura del lugar que ocupa en el mundo. A mí me abandonaron, exactamente igual que a Suzanne.

-Menos mal que a ella no la has metido a modelo también -le espetó Mitch.

-Qué bonito comentario.

-Perdón -se disculpó Mitch.

-Éramos demasiado jóvenes para casarnos.

-Yo no lo recuerdo así -contestó Mitch-. Creía que tú me querías tanto como yo a ti. Me lo podrías haber advertido. Debí de comportarme como un imbécil.

-Lo cierto, aunque no te guste oírlo, es que sí -dijo Christine-. Para mí era muy importante encontrarme a mí misma. Lo peor que podría haber hecho hubiera sido casarme.

-Muy inteligente por tu parte -dijo Mitch con acidez-. ¿Y ya te has encontrado a ti misma?

-¿Y tú?

-Yo no me estaba buscando -contestó Mitch con frialdad-. Yo te tenía a ti. Podríamos haber ido despacio si eso era lo que tú querías.

-¿Despacio? Estábamos locos el uno por el otro, no parábamos de hacer el amor. Sólo éramos unos niños, y tú no dejabas de empujarme hacia el matrimonio.

-¿Y tú? ¿Cuántas veces me hablaste de matrimonio? No podías estar lejos de mí, me decías que cuando nos separábamos te ponías triste. Supongo que era todo mentira.

-No, no era mentira -murmuró Christine desesperada-. Me daba miedo, Mitch. Tenía problemas. Me era imposible enfrentarme a ellos en mi casa. Tenía que irme. Necesitaba separarme de mi madre y de mi abuela. Incluso de ti. Ya te lo he dicho, tenía que encontrarme a mí misma.

-Lo entiendo, Chrissy, y por eso te pedí que te casaras conmigo. Habría hecho lo que fuera por ti: protegerte, esperarte, lo que fuera. Pero tú dijiste que no. Esa fue tu decisión. Supongo que ahora te

tendría que dar las gracias por ello, pero entonces me destrozaste el ego.

-Y de eso tú sabes mucho, ¿verdad? -le espetó Christine.

-Eso ha sido un golpe bajo -rió Mitch-. Nos están mirando y no creo que sea este el mejor día para pelearnos. Me gusta llevar una vida tranquila.

-Cualquiera lo diría -contestó Christine.

-Desde luego, contigo aquí, va ser imposible.

-No he venido a molestarte.

-¿Seguro?

-Seguro -contestó Christine.

-Me alegro, porque, aunque quisieras, no podrías hacerlo. Perderte me enseñó mucho, Chrissy. Fue un episodio muy desagradable en mi vida, pero también una lección muy importante. Jamás en la vida te volveré a adorar.

-¿Y cuándo te he pedido yo eso?

-Siempre que te tenía entre mis brazos -contestó Mitch con fiereza.

-Porque te quería, Mitch -dijo Christine mirándolo a los ojos.

-Eso no te lo crees ni tú -le espetó Mitch con crueldad.

Christine palideció.

-¿Cómo voy a ir a tu casa así?

-No te preocupes, me aseguraré de que no nos quedemos solos -contestó Mitch metiéndose las manos en los bolsillos para no tocarla-. Hoy estamos simplemente aclarando la situación. No me vuelvas a decir que me querías. Antes me lo creía, pero ya no. Habértelo dicho me hace sentirme mejor. Te prometo que, cuando vengas a casa, seré sociable.

-Muy bien -contestó Christine tendiéndole la mano-. No veo razón para besarnos o abrazarnos, así que... -Mitch dudó-. Eres un chico educado -le recordó Christine-. Nos están mirando.

Mitch aceptó su mano y, en cuanto la tocó, sintió una descarga eléctrica por todo el cuerpo. Era como si estuvieran solos y los demás se hubieran evaporado.

Nada había cambiado. La deseaba antes y la deseaba ahora.

¡Qué situación tan horrible!

CAPÍTULO 2

LA FAMILIA de Christine se sentó a cenar. Era extraño ver a su madre ocupar el lugar de su abuela en una de las presidencias de la enorme mesa antigua.

Ambas eran mujeres menudas, pero mientras que la presencia de su abuela parecía dominarlo todo, a su madre aquella butaca le quedaba grande, como si le colgaran los pies.

Por primera vez, su padre ocupó la otra presidencia, en un extremo de la mesa de caoba, haciendo caso a su hijo.

-Siéntate donde te pertenece por derecho, papá -le dijo Kyall-. Tú eres el cabeza de familia, ya está bien de respetar las tonterías de la abuela, que siempre te trató fatal.

-Kyall, ¿cómo dices eso? -exclamó su madre.

-Porque es verdad, mamá -respondió Kyall-. Lo siento mucho si tú no opinas lo mismo.

-De verdad, Kyall, no pasa nada -intervino su padre.

-Sí, claro que pasa, papá. Además, se terminó esta estupidez de Kyall McQueen. Soy tu hijo y, por lo tanto, soy un Reardon.

-¡Bravo! -exclamó Christine-. Entonces, ahora también eres mi hermano.

-No te lo tomes a broma -contestó Kyall.

-Sé que tú nunca quisiste dejar el apellido de papá a un lado, todo fue culpa de mamá y de la abuela.

-Perdona, hija, pero unir nuestros dos apellidos fue una decisión que tu padre y yo tomamos juntos, ¿verdad, Max?

El padre de Christine asintió y bajó la mirada.

-Sí, pero lo que no dijimos fue que el mío acabaría desapareciendo -comentó.

-Eso fue consecuencia de las habladurías de la gente -apuntó Enid.

-Ah, claro, la gente... era evidente que, si uno de los dos tenía que desaparecer, obviamente no sería McQueen pues son los dueños de toda la ciudad, ¿verdad? -dijo Christine.

-No sé cómo lo haces, hija mía, pero no has hecho más que llegar y ya estás sembrando la discordia.

-No vuelvas a atacarla así -intervino su hermano-.Te has pasado la vida criticando a tu hija a pesar de que es una mujer de éxito. Desde que era pequeña, y en connivencia con tu madre, no habéis hecho más que criticarla por todo, que si tenía los brazos muy largos, que si era demasiado alta... ¿No te das cuenta de lo crueles

que habéis sido con Christine?

-No pasa nada, Kyall, déjalo -contestó Christine-. No quiero que discutamos por mi culpa.

Después de cenar, Kyall y Max se fueron a la biblioteca, Suzanne huyó a su habitación y Enid le hizo una señal a su hija de que quería hablar con ella a solas.

-¿Qué estás haciendo con Suzanne? -le preguntó una vez en su despacho y con la puerta cerrada.

-¿A qué te refieres? -contestó Christine-. Somos su familia, ¿no? ¿Por qué dices eso?

-¿Y qué quieres que diga?

-Como sigas alzando la voz, me voy -amenazó Christine.

-Nunca he sabido cómo hablar contigo. Eres tan diferente...

-Por eso me fui -dijo Christine mirando a su alrededor.

El despacho de su madre estaba lleno de trofeos y de fotografías de Kyall. Su hermano y ella eran muy parecidos, pero el hecho de ser mujer la había relegado a un segundo plano.

-Creía que eso había sido por tu abuela -comentó Enid desde su butaca-. Todos sabemos que era una mujer muy difícil, pero las cosas han cambiado. Quiero hacer lo mejor para ti y para Suzanne. Al fin y al cabo, es la hija de Stewie. Siempre quise mucho a mi hermano, fuimos unos niños muy ignorados.

-Bienvenida al club -rió Christine.

-¿Se puede saber cuánto tiempo te vas a quedar?

-¿Por qué? ¿Ya quieres que me vaya? ¿Y tú qué vas a hacer? Ahora que Kyall se casa, pasará a hacerse cargo de la explotación.

-Por supuesto, quedarme aquí. He nacido en esta casa, aquí está mi hogar y no creo que pudiera vivir en otro sitio.

-¿Y le has preguntado a tu hijo y a su futura mujer qué opinan de eso?

-No tengo nada que preguntar -contestó su madre poniéndose en pie y dando por terminada la conversación.

-No, claro, como siempre. -Enid miró a su hija confundida y atónita-. No estás dispuesta a que otra mujer ocupe tu lugar, ¿verdad?

-Sarah dirige el hospital y está muy ocupada -contestó su madre.

-Eso no te lo crees ni tú.

-¿Y tú qué sabes? En cuanto pudiste, te marchaste de aquí. Nunca has querido saber nada de Wunnamurra. Aquello fue una locura. Dudo que, aunque hayas viajado mucho y conocido a mucha

gente, hayas encontrado a un hombre que merezca más la pena que Mitchell Claydon. Fuiste una tonta, Christine. Lo tenías comiendo de tu mano y toda la familia estaba de tu parte. Incluso mi madre aprobaba el matrimonio, pero tú te tuviste que ir y estropearlo todo. ¿Por qué lo hiciste?

-Por libertad, mamá -contestó Christine-. Hasta que no reflexiones y te mires por dentro para ver cómo eres en realidad, no vas a comprender ni eso ni nada.

-Te diré que no hay muchas posibilidades de que Mitchell te perdone jamás -comentó su madre con acidez, acostumbrada a decir siempre la última palabra.

-Muchas gracias, mamá. Siempre que necesite consuelo, vendré a hablar contigo-sonrió Christine con tristeza-. De todas formas, su madre me ha dicho que vaya a verla.

-¿Cuándo ha sido eso?

-Hoy.

-Entonces, tienes que ir -dijo Enid albergando esperanzas-. Puede que, después de todo, Mitchell siga sintiendo algo por ti, aunque debo advertirte que las chicas lo persiguen. Por ejemplo la tonta esa de Amanda Logan. Te aconsejo que decidas qué quieres hacer con tu vida. Puede que esta sea tu última oportunidad.

Aunque Christine no solía estar nunca de acuerdo con su madre, sospechó que aquella vez desgraciadamente Enid podía tener razón.

Al salir del despacho de su madre, Christine se encontró con su hermano.

-¿Te apetece que demos un paseo a caballo mañana por la mañana? -sonrió Kyall con afecto.

-¿A qué hora?

-A las seis -contestó Kyall-. ¿Es demasiado temprano? ¿Estás muy cansada?

-No, está bien, no se puede decir que esté agotada de tanto llorar en el entierro.

-Yo tampoco.

-¿Cuál es ese gran secreto que me estás escondiendo? -quiso saber Christine mirando a su hermano a los ojos-. Sé que hay algo, que me tienes que decir algo más aparte de que has encontrado a tu hija.

-Sí, tienes razón, pero no quiero cargarte ahora con esa información.

-Madre mía, ¿tan malo es? Seguro que la abuela tuvo algo que

ver en ello.

Kyall sacudió la cabeza como si no quisiera hablar del tema.

-Me muero de ganas porque conozcas a Fiona.

-Yo también -contestó Christine acariciando la mejilla de su hermano con cariño-. Estoy muy feliz por Sarah y por ti.

-Ya verás, es el vivo retrato de Sarah.

-¿Y cuándo me vas a contar la historia completa?

-Mañana -prometió Kyall dándole un beso a su hermana en la frente-. Cuánto me alegro de que hayas vuelto, Chris. Te he echado mucho de menos.

-Yo también te he echado mucho de menos -sonrió Christine con tristeza.

-¿Qué tal te ha ido con Mitch?

-No creo que me perdone nunca -contestó Christine.

-Os entiendo a los dos. Él estaba completamente enamorado de ti y tú desapareciste, pero tú te fuiste porque tenías que seguir tu camino.

-Intenta explicárselo a él.

-¿Te crees que no lo he intentado? Mitch es mi mejor amigo y hemos hablado mucho de este asunto, pero cuando algo te duele tanto es difícil ser objetivo. Mitchell lo pasó fatal. Al fin y al cabo, os ibais a casar. Estabais hechos el uno para el otro y tan enamorados...

-Casi tanto como Sarán y tú.

-Cuando vosotros os fuisteis, nuestro amor estuvo a punto de morir -recordó Kyall-, pero Sarah es el amor de mi vida.

-Yo no he encontrado a nadie para reemplazar a Mitch -confesó Christine.

-Pero debes de haber tenido muchos pretendientes -comentó Kyall mirando a su preciosa hermana.

-Sí, pero no me puedo comprometer con nadie -contestó Christine con frustración-. He sido incapaz de olvidar a Mitch.

-Rezaré para que todo salga bien, Chris. Quiero que seas feliz y quiero que Mitch también lo sea. Los dos sois muy importantes para mí. Me encantaría que te quedaras, hermanita, y me ayudaras a administrar la explotación. No doy abasto. En los últimos seis o siete años, hemos diversificado nuestros negocios y nos hemos abierto paso en el sector del vino, incluso hemos comprado una bodega, ya verás. Me gustaría que la dirigieras, confío en ti. Quiero que formes parte del negocio porque eres mi hermana.

-Sí, ya va siendo hora de que lo aprenda todo sobre los negocios de la familia -sonrió Chris-tine-, aunque te recuerdo que para los

empresarios tú seguirás siendo un McQueen, no un Reardon como yo.

-Lo que más me afecta es el dolor de papá -se apenó Kyall.

-Ya lo conoces, ya lo tiene asumido, lo acepta. Sabe que es difícil para ti renunciar al apellido de tu madre, el apellido que lo es todo por aquí, pero tiene muy claro que lo queremos. Es mamá la que no lo aprecia en todo su valor.

-Sí -dijo Kyall agarrando a su hermana de los hombros-, en eso tienes razón. Chris, quiero que sepas que papá está con otra persona.

-¡Dios mío! Mamá se moriría si la dejara.

-Ya, pero es que mamá lleva años tratándolo como si fuera su hermano y no su marido. Duermen en habitaciones separadas y ella, aunque lo debe de querer su manera, no hace nada por demostrarlo. Lo cierto es que hay unas cuantas mujeres a las que no les importaría tener una aventura con papá, pero él es muy discreto con estos asuntos. Yo creo que ha estado solo durante años, pero ha conocido a una mujer discreta y refinada y ya no ha podido más.

-¡Dios mío! -repitió Christine.

Aunque aquella situación era normal en otras familias, nunca había esperado que les pasara a ellos.

Si su madre se enterara de que había otra mujer en la vida de su padre, ¿podría vivir con ello?

Christine no lo creía así.

Unos días después, Christine estaba esperando a que Mitch la fuera a buscar para llevarla a su casa.

Cuando Mitch llegó, a Christine se le antojó que parecía el protagonista de una película del Oeste, el que siempre conseguía a la chica.

-Hola -saludó bajándose de su jeep y yendo hacia el porche.

Se había prometido a sí mismo intentar estar agradable, pero iba a tener que hacer un gran esfuerzo.

-Hola -contestó Christine.

Se había colocado adrede entre dos columnas blancas, como si estuviera posando. La última vez que se habían visto no se habían despedido de muy buen humor y quería arreglarlo de alguna manera.

-¡Chris, estás increíble! -bromeó Mitch quitándose el sombrero-, ¡Estás preciosa! Es una pena que no sea fotógrafo.

-No pasa nada, me he arreglado un poco, pero nada del otro

mundo. ¿Te gusta?

-Me encanta -contestó Mitch-. Estilo campestre, ¿no? -bromeó fijándose en sus vaqueros apretados, la blusa de encaje color crema y el gran cinturón turquesa a la cintura.

-Vaya, veo que sabes de lo que hablas.

-Sí, bueno, es que mamá tiene una revista en la que apareces así. Por cierto, ¿los que te hicieron el reportaje sabían que montas a caballo como los ángeles?

-Por supuesto. De hecho, había una foto en la que salía montando caballo -contestó Christine.

-Vaya, esa no la he visto. La que sí vi fue una en la que estabas debajo de un árbol tocando la guitarra y yo sé que no sabes tocar la guitarra.

-Claro, y tu sí, ¿verdad?

-Exacto, yo tengo muchos talentos -contestó Mitch observándola.

Era preciosa, pero había entre ellos un muro insalvable. Aun así, Mitch estaba decidido a cumplir su promesa de ser agradable.

-Mamá quiere que pases a tomar el té -comentó Christine con una sonrisa picarona.

-No me gusta el té -contestó Mitch.

-Da igual. Hay cosas en la vida que un hombre debe hacer. Pasa. Te está esperando en el invernadero porque quiere enseñarte sus impresionantes flores.

-Muy bien -contestó Mitch con voz serena.

Menos mal que Christine no oía cómo le latía el corazón.

Enid los estaba esperando en el maravilloso invernadero que había construido el abuelo de Christine para su abuela. En él, además de una fuente central cuyo arrullo acuático hacía las delicias de los visitantes, había infinidad de plantas y flores exóticas.

Palmeras, bambú, orquídeas, todo tipo de lirios, gardenias y varias especies de rododendros.

Desde luego, la casa de los McQueen era todo un lujo. Aunque Marjimba era grande y bonita, Wunnamurra siempre había tenido fama de ser la mejor casa de la zona. De hecho, estaba llena de muebles antiguos, cuadros que valían una fortuna, jarrones chinos y alfombras persas.

Había incluso quien decía que Ruth McQueen tenía una momia egipcia.

-¡Querido Mitchell! -lo saludó Enid con aquella voz refinada pero firme que la caracterizaba-. Qué detalle por parte de tu madre invitar a Christine a vuestra casa.

Mitch siempre había pensado que Christine se sentía más a gusto en su casa que en la de su madre.

-¿Qué tal estás, Enid? -contestó Mitch estrechándole la mano.

-Bueno, voy tirando -contestó Enid-. Echo mucho de menos a mi madre, por supuesto, pero no puedo fallarle al resto de la familia. Quiero estar bien mientras Christine esté aquí.

-¿Y eso cuánto va ser? -quiso saber Mitch;

-Hasta que mi madre me eche -contestó Christine metiéndose las manos en los bolsillos de los vaqueros.

-¡Christine, cómo dices esas cosas! Sabes perfectamente que lo pasó fatal cuando te vas.

Christine sonrió.

-Vaya, mamá, pues nunca me he dado cuenta.

-¿No te parece que está muy feo que ventilemos nuestros trapos sucios delante de Mitchell?

-No te preocupes, no me va a defender -contestó Christine mirando a Mitch.

-No, no te voy a defender porque te sabes defender tú sólita -contestó Mitch.

-Es cierto.

-Me había hecho tantas ilusiones con vosotros -dijo Enid de repente-. Para mí, Mitchell, eras el marido perfecto.

-Sí, fue una pena que Chris no pensara lo mismo -contestó Mitch como si ya no le importara-. De haber sido así, la vida ahora mismo sería muy diferente, ¿verdad, Chrissy? -añadió mirando a Christine con ojos burlones.

-Sí, supongo que ahora tendríamos seis o siete niños.

-Supongo -rió Mitch.

-Te precipitaste, Christine -la reprendió su madre sacudiendo la cabeza-. Bueno, vamos a sentarnos... Mira, Mitchell, seguro que te van a encantar las magdalenas recién hechas. Christine, anda, sé una buena chica y vete a ver si está hecho el té.

-Me voy a la cocina encantada. Tú quédate entreteniendo a Mitch.

-¡Menuda hija tengo! -se quejó Enid mirando a Mitch, que sólo tenía ojos para la increíblemente elegante Christine-. ¿Cómo va a ser fluida la comunicación entre nosotras si siempre está intentando fastidiarme?

-Estoy seguro de que, aun así, todos la queremos mucho -contestó Mitch fijándose en una maravillosa orquídea violeta y rosa.

Wunnamurra tenía una flor mucho más increíble que aquella: Christine.

CAPÍTULO 3

CHRISTINE pensó que Marjimba no había cambiado apenas desde los tiempos del abuelo de Mitch.

Douglas Claydon la había comprado tras volver de la guerra en el norte de África para casarse con su amada Kathleen. Allí habían sido felices y habían tenido un hijo y cinco hijas.

Los Claydon eran una familia conocida y respetada que se dedicaba a la ganadería, pero que también había hecho buenos negocios en el sector minero y algodonero.

Al igual que la familia de Christine habían sabido diversificar, pero ambas familias tenían algo en común: la pasión por la tierra.

Marjimba, a diferencia de Wunnamurra, tenía un solo piso, no dos, y estaba dividida en varias alas. Christine sabía que Mitch habitaba la oeste desde los catorce años, edad en la que su familia había decidido que ya era un hombre.

La primera vez que habían hecho el amor había sido en su habitación, después de un baile que había organizado su familia. Christine recordaba la experiencia como si hubiera sido ayer.

Calor, excitación, corazón desbocado. Puro deseo. Todos aquellos recuerdos habitaban todavía en su cabeza.

Aquella noche había sido la chica más admirada de la fiesta, ella suponía que por su altura, pero Mitch le había dicho que había sido por su deslumbrante belleza.

-Tienes unos ojos que parecen zafiros líquidos, una piel que tiene el brillo de las perlas y una boca que parece un gran rubí -le había dicho antes de hacer el amor.

¡Mitch! Cuánto lo había querido. Le había entregado el corazón.

Aquella noche Christine llevaba un vestido de tafetán del mismo color que sus ojos, con escote palabra de honor y una maravillosa falda de tul. Su abuela le había prestado algunas joyas familiares, más por hacer alarde que por afecto.

Incluso su madre la había mirado boquiabierta y su padre le había dicho infinidad de veces lo guapa que estaba.

-¡Mi niña! -le había dicho al oído mientras bailaban.

Mitch era su cita en aquella fiesta. Mitch siempre era su cita.

Christine había librado una batalla física contra la tentación, pero aquella misma noche Mitch se había convertido en su primer amante.

Le había hecho conocer el placer sexual y Christine había pensado que jamás podría vivir sin él, pero desafortunadamente

había tenido que hacerlo.

Lo recordaba con tal nitidez que era capaz de reproducir los diálogos.

-No puedo, Chrissy, no puedo, no puedo. No puedo esperar más. Te quiero. Estoy loco por ti. Tengo un preservativo. Te prometo que no va a pasar nada. Mi amor. Mi amor -le había dicho abrazándola en la oscuridad.

La agonía de su voz la había excitado sobremanera. Ambos jadeaban y se tropezaban mientras se besaban e intentaban llegar a su habitación sin que nadie los viera.

Nadie que no haya conocido la pasión del amor podría haber entendido aquello. Cuando se quiere algo de verdad, y además hay amor de por medio, no hay nada que hacer.

Christine lo había besado igual de fervientemente que él a ella y se había apretado contra su cuerpo. Había sentido el deseo en sus pechos, en la tripa y entre las piernas.

Mitch... su boca en la cara, en el cuello, en los pechos. Christine recordaba el olor de su piel, cómo sabía, sus lenguas entrelazadas.

Entonces Mitch tenía diecinueve años, dos más que ella, y a Christine le pareció el amante más experto del mundo.

Había sido una mezcla de éxtasis y terror, una experiencia sin comparación que hizo que su relación, comenzada cuando eran sólo unos niños, pasara a otro nivel.

Nada los habría podido parar. Fue puro delirio. Su primera experiencia sexual. La mejor de todas, la que ninguna había igualado todavía.

Christine no sabía si llorar o reír ante aquello. Suponía que era mujer de un solo hombre...

-¿Qué te pasa? -le preguntó Mitch sacando su bolsa de viaje del coche

-Buena pregunta -contestó Christine bajando la mirada.

-Parece como si te hubieran invadido los recuerdos -comentó Mitch como si le hubiera leído el pensamiento.

-Está bien, fue la mejor noche de mi vida -confesó Christine-. Me refiero a la primera vez que hicimos el amor.

-Chrissy, Chrissy, me voy a empezar a preocupar -dijo Mitch metiéndose las manos en los bolsillos-. Estoy seguro de que has tenido maravillosas experiencias sexuales desde entonces.

-¿Yo? -se burló Christine de sí misma-. He vivido como una monja.

-No te creo -contestó Mitch-. Por lo menos, podrías enseñarme lo que has aprendido durante estos años.

Christine sintió que su corazón se retorcía ante tanta insolencia.

-¿No me has dado a entender que me mantuviera alejada de ti?

-Somos adultos -contestó Mitch mirándola a los ojos-. Me refería a que no me vas a volver a llevar al altar.

-Nunca te he llevado -le recordó Christine.

-Las mujeres sois crueles, desde luego. No, no te casaste conmigo, pero lo habrías hecho. Hacíamos el amor en todas partes. En los cobertizos, en el campo, en nuestra laguna. Era amor, ¿verdad?

-Más bien, fue como hacer caída libre por el espacio -contestó Christine.

-Muy bonito simbolismo -comentó Mitch poniéndose el sombrero-. Si mientras estés aquí te apetece colarte una noche en mi habitación, por mí no hay problema, pero te advierto que nunca volveremos a ser lo que fuimos.

-Muy bien, pero te advierto que no siento la tentación -contestó Christine avanzando hacia la casa.

-¿Ah, no?

-No.

-Muy bien, porque yo tampoco. ¡Te aseguro que no vas a volver a posar tu cabeza en mi almohada nunca!

-¡Ja! ¿Y quién lo dice? -se burló Christine girándose hacia él.

-Yo lo digo -contestó Mitch.

-A ver si te enteras, Mitch Claydon, de que es mejor no emplear la palabra nunca cuando te refieres a mí.

Mitch silbó y le dedicó una de sus maravillosas sonrisas.

-Es curioso, ¿sabes? Hablas como cuando tenías dieciséis años.

-Te recuerdo que entonces ya estabas enamorado de mí.

-Es cierto -admitió Mitch-, pero ya he pasado por ello una vez y no pienso repetir. Será mejor que entremos antes de que esta conversación se nos vaya de las manos.

Julanne Claydon estaba encantada de tener a Christine en su casa. Echaba terriblemente de menos a su hija India, así que tener a Christine allí era todo un consuelo para ella.

Christine sabía que la vida en el campo podía ser muy dura, así que hacía todo lo que sabía que a Julanne le podía agradar.

Daban largos paseos o hacían picnics en alguna laguna, escuchaban música y jugaban al ajedrez como en los viejos tiempos.

-No ha cambiado nada -le confesó una noche Julanne a su hijo-.

El éxito no la ha cambiado. Le siguen gustando las mismas cosas de siempre, incluso los cotilleos... no como tu hermana...

-India sólo sabía hablar de Kyall -apuntó Mitch-. Kyall era el centro de su vida.

-Sí, aquello fue culpa de Ruth -contestó su madre-. Y mía también, por supuesto. No debería haberle dicho a tu hermana que tenía posibilidades con el hermano de Christine.

Mitch suspiró y se sentó en una mecedora.

-Mamá, ni ella ni nadie tenía posibilidades existiendo Sarah. Kyall y ella están hechos el uno para el otro.

-Ya lo sé -contestó Julanne-. ¿Y vosotros dos? Os pasáis el día peleándoos. Christine lleva sólo dos días en casa y la tensión se masca en el ambiente.

-Eso será cuando la veo -se burló Mitch-. Se pasa todo el día contigo.

-Sí, es cierto -admitió Julanne-. No pienso mantenerla atada a mí con una cadena, pero es que me lo paso muy bien con ella. Me ha traído un montón de fotografías. Deberías verlas, son maravillosas. Aunque para ella no significan demasiado, ya sabes que nunca ha sido vanidosa.

-¿Cómo lo iba a ser si su madre y su abuela no paraban de meterse con ella? -contestó Mitch enfadado, defendiéndola, como siempre.

-Lo cierto es que se portaron muy mal -dijo Julanne buscando sus gafas-. No me extraña que se fuera y las dejara en la estacada.

-Te recuerdo que a mí también me dejó tirado -dijo Mitch tomando las gafas de su madre y entregándoselas-. Pensé que nunca lo iba a superar. Mi verdadero y único amor. Me abandonó para enseñarle al resto del mundo lo preciosa que es.

-Por cómo hablas, parece que no has encontrado a otra mujer que ocupe su lugar -apuntó Julanne mirando a su adorado hijo.

-No, no la he encontrado, pero eso no quiere decir que me haga mucha gracia que Christine esté aquí.

-¿Ah, no? -preguntó Julanne con cierto escepticismo.

-No me mires así. Sé que la adoras, pero se va a volver a ir, mamá. No te hagas ilusiones. Supongo que esta vida no tiene glamour para ella. No para de decir que le encanta Nueva York. Date cuenta de que lleva la vida que miles de mujeres desearían llevar.

-Puede que sea así, pero tengo la impresión de que hay dos Christines diferentes -contestó Julanne poniéndose en pie y sacando del cajón unas fotografías-. Mira. Está la Christine pública, la

supermodelo que vive rodeada de lujos y de gente de la jetset, y la Christine de verdad, la Christine que ama la tierra y los caballos. Estoy segura de que podría dejar atrás la ropa de diseño y las joyas mañana mismo. Es feliz tal y como vivía en el pasado.

-¿Tú crees? -se burló Mitch mirando las fotografías y fijándose en la preciosa boca de Chrissy.

-Son maravillosas, ¿verdad? La cámara la adora.

-Es que es preciosa -contestó Mitch-. Pero se va ir, mamá.

-¿Y tú no se lo vas a impedir?

-¿Me estás pidiendo que vuelva a pasar otra vez por lo mismo? Antes estábamos muy unidos, pero ahora ya no es así.

-¿A qué te refieres? -le preguntó Julanne a su hijo.

-No confío en ella -confesó Mitch con los ojos brillantes.

-¡No me lo puedo creer! -exclamó Julanne-. Christine es una mujer en la que se puede confiar perfectamente. Estás siendo demasiado duro con ella.

-No, ha sido muy cruel conmigo -le recordó Mitch-. Me hizo promesas y yo las creí, pero entonces desapareció y me dejó tirado. No pienso darle la oportunidad de que me lo vuelva a hacer. -No sabía que tenía un hijo tan orgulloso -apuntó Julanne lentamente.

-Pues ya lo sabes -admitió Mitch poniéndose en pie y dando un beso de buenas noches a su madre-. ¿Te importaría que te robara a Christine mañana por la mañana unas cuantas horas?

-¿Para qué? -quiso saber Julanne muy interesada.

-Vamos a ver si podemos localizar a Lightning. Se ha llevado dos yeguas y una potranca. Bart lo vio con su harén ayer cerca de Mulagimbi Waterhole.

-¿Lo vais a cazar?

-Lo vamos a intentar -contestó Mitch-. No me importa que haya caballos salvajes, pero Light-ning es un purasangre, fuerte y enorme. Bien domado, será un buen semental. He pensado que, tal vez, a Chrissy le gustaría venir. Por lo menos, antes le gustaba.

-Estoy segura de que le seguirá gustando -contestó Julanne-, pero no quiero que le pase nada.

-No te preocupes, no le va a pasar nada. La he visto montando a caballo hoy al atardecer y te aseguro que sigue montando igual de bien que siempre.

-Entonces, tienes mi bendición -dijo Julanne con el corazón esperanzado.

-¿Tienes un minuto? -le preguntó Mitch a Christine antes de irse a la cama.

«Todo el tiempo del mundo», pensó Christine.

-Sí -contestó.

A la luz de las velas, el pelo de Mitch era más rubio que nunca, y Christine deseó poder alargar la mano y tocárselo. Sin embargo, su relación se había vuelto muy complicada y era mejor que se acostumbrara a ello.

-¿Te gustaría un poco de acción?

Aquello hizo reír a Christine.

-¿Es una pregunta con truco?

-¿No estarás pensando en algo sexual? -se burló Mitch.

-¿Contigo? Imposible, ya me has rechazado varias veces -contestó Christine.

Era imposible relajarse cerca de él.

-No te he rechazado en todos los aspectos, sólo si tienes en mente el vestido de seda color magnolia y el velo de encaje.

Ante aquellas palabras tan inesperadas, Chris-tine dio un paso atrás.

-No me puedo creer que te acuerdes de eso.

-No he me he olvidado de nada -contestó Mitch-. A fin y al cabo, te pasabas las horas contándome cómo iba ser el vestido que ibas a llevar cuando nos casáramos.

-Lo decía en serio -suspiró Christine sintiéndose triste y vulnerable-. Éramos muy jóvenes.

-¿Y no lo seguimos siendo? -dijo Mitch con ironía-. Menos mal que nunca volveremos a ser tan jóvenes como entonces. Habría estado dispuesto a dejarlo todo por ti, pero si algún día me caso me aseguraré de firmar un contrato prematrimonial.

-Tu problema, Mitch, es que eres un cínico. ¿Qué pasó con Suzanne Gilroy?

-¿Zsa-Zsa? -sonrió Mitch.

-Sí, la chica con la que saliste entre Dee Mashall y Casey Thomas, si no recuerdo mal.

-Vaya, me sorprende lo bien informada que estás.

-Sí, bueno, de vez en cuando presionaba a Kyall para que me contara qué era de tu vida.

Mitch se encogió de hombros.

-Los dos tuvimos relaciones después de nuestra ruptura, pero las mías no están tan bien documentadas como las tuyas. Claro que yo no he salido nunca con una estrella del rock.

-Ben no es una estrella del rock, ya te he dicho que es actor y un

hombre muy bueno.

-Sí, es cierto, es uno de los actores más guapos de la televisión.

-No te preocupes, no hay nada serio entre nosotros. ¿A qué te referías con eso de un poco de acción? -preguntó Christine para cambiar de tema.

-Creo que te va gustar -contestó Mitch.

A continuación, le habló de Lightning, de su creencia de que era un caballo hijo de un potro salvaje y de una yegua domesticada y de su decisión de atraparlo para poder utilizarlo como semental.

-¿Te apetece? ¿Estás en forma?

Christine asintió emocionada.

-Ya sabes que montar a caballo nunca se olvida -contestó.

-Te advierto que vamos a galopar a toda velocidad y que puede que tengamos que cruzar un par de ríos.

-Gracias por la advertencia, Mitch, pero te recuerdo que monto tan bien a caballo como tú. Y lo sabes. Por eso, precisamente, me estás pidiendo que vaya contigo. Por cierto, me ha parecido verte hoy espiándome.

-¿Espiándote? ¡Nunca! -mintió Mitch-. Estaba matando dos pájaros de un tiro. Te estaba vigilando y estaba dando instrucciones a mis hombres.

-Ya. Bueno, de todas formas, me encantaría ir con vosotros. ¿Cuándo queréis salir?

-En cuanto amanezca, para que no haga demasiado calor. Espero que tengas un buen equipo. Si no es así, dime qué necesitas.

-Voy a necesitar unos buenos guantes y unas perneras. Por cierto, me gustaría montar al caballo de esta tarde, Wellington.

-¿Algo más? -preguntó Mitch con sequedad.

-No, ahora mismo no se me ocurre nada más -contestó Christine con dulzura.

-¿No me das un beso de buenas noches?

Christine se puso nerviosa de repente. ¿Qué estaba intentando hacer con ella?

-Eres un bromista -contestó intentando parecer calmada.

-¿Quién ha dicho que esté de broma?

-Me parece que no te he oído bien. Cualquiera diría que me sigues queriendo -dijo Christine temblando al sentir sus ojos en sus pechos.

-No es así, pero eso no quita para que me parezcas preciosa -contestó Mitch fijándose en que se le habían endurecido los pezones.

-¿Orgullo herido? -sugirió Christine.

-¡Ahh! -contestó Mitch tapándole la boca-. Eres una arrogante.

-No ha sido mi intención -dijo Christine.

Mitch apartó los dedos de su boca y comenzó a jugar con su pelo como hiciera en otro tiempo.

-Te tengo superada, Chrissy -susurró-. Que Dios me ayude, pero así es.

-Demuéstramelo -lo retó Christine, sabiendo que se moría por hacerla suya.

-Te cuesta olvidar el pasado, ¿verdad? -la acusó Mitch acariciándole el cuello.

-¿Por qué ibas a querer besar a una mujer que sólo te causa problemas? -lo desafió acercándose a él.

Su necesidad era tan fuerte que se estaba haciendo insoportable.

-Es como luchar con fuego contra el fuego -murmuró Mitch-. Si quieres, no hace falta que cierres los ojos.

Aquello ya no había quien lo parara.

A pesar de que Christine tenía intención de mantener los ojos abiertos, cuando vio que aquellos labios se inclinaban sobre ella, no pudo hacerlo.

Era absurdo resistirse, así que se dejó llevar y pronto vio ante sí nuevas estrellas, galaxias enteras, la adrenalina del sexo.

Mitch tenía intención de no perder el control, iba a ser sólo un beso para demostrarle a Christine que ya no estaba bajo su influjo. Lo malo fue que aquel sencillo beso se convirtió en un beso apasionado y furioso que lo dejó completamente expuesto.

Mitch deslizó las manos desde los hombros de Christine hasta su cintura y la apretó contra su cuerpo. Sus pieles se encontraron... pechos, cinturas, caderas, muslos y piernas... mientras ellos se besaban sin parar.

Christine no supo cuánto tiempo habían estado besándose, quizás una eternidad. Cuando Mitch la soltó, el silencio lo invadió todo, como si ninguno de los dos tuviera nada que decir o no pudiera hacerlo ante la certeza de que un solo beso pudiera haberlos excitado tanto.

Christine se quedó mirándolo a los ojos.

-Tus besos siempre me dieron miedo-susurró.

-¿Por qué?

-Porque pensaba que te transmitía mi alma a través de la boca -confesó Christine.

-¿Y no era así?

-Mitch, a veces, se puede estar asustado porque se está sintiendo demasiado.

-¿Me estás diciendo que te daba miedo? -explotó Mitch.

-Te estoy diciendo que te quería tanto que había veces en las que creía que me iba a desintegrar.

-Nunca me dijiste nada así.

-Te lo estoy diciendo ahora. Había algo terrorífico en ello, Mitch. Yo era muy joven e inexperta y la pasión es una fiebre. Tócame la mano o la mejilla -le indicó sabiendo, sin mirarse en el espejo del pasillo, que su piel estaba incandescente.

A Mitch le daba miedo obedecer, pero finalmente lo hizo. Posó sus dedos en la mejilla de

Christine y llegó hasta su hombro. Se moría de deseo por acariciarle el pecho, pero aquello habría sido como rendirse y no estaba dispuesto a concederle aquella victoria.

-Será mejor que te vayas a la cama, Chrissy -le dijo-. Mañana tenemos que madrugar.

-Dicen que una nunca olvida a su primer amor -murmuró Christine con tristeza.

-Eso no son más que palabras -contestó Mitch, a pesar de que lo que realmente le hubiera gustado decir habría sido que hay hombres que sólo quieren una vez en la vida.

CAPÍTULO 4

ALA MAÑANA siguiente, cuando salieron en busca de Lightning, Christine se fijó en el nuevo capataz de Mitch, Jack Cody, que se había hecho cargo de Marjimba desde que se jubilara Dave Reed, que había trabajado para la familia Claydon durante más de cuarenta años.

Aquel hombre, que debía de tener treinta y tantos años y que se acababa de divorciar, la miraba como si la quisiera en su cama.

Christine se había sentido mirada así muchas veces y le daba un asco terrible, pero prefirió no comentarle nada a Mitch para no causar problemas.

Mientras cabalgaba al lado de Mitchell, Christine lo miró de reojo y aspiró el aroma de la tierra que la vio nacer.

Se dio cuenta de que era feliz.

En una escala del uno al diez, ella estaba en el once. Incluso tenía esperanzas de recuperar a Mitch.

Cuarenta minutos después, llegaron a una cadena de lagos que los Claydon llamaban Blue Billabongs y que eran una serie de oasis dispersados por el desierto.

El agua tenía allí un curioso color verde, pero el nombre de los lagos provenía de las increíbles azucenas azules y violetas que lo rodeaban.

Los pájaros ya cantaban a aquellas horas y Christine se sentía tan feliz como uno de ellos.

-Pareces contenta -comentó Mitch.

-No te puedes ni imaginar cuánto he echado esto de menos -suspiró Cnristine-. Esto me da la vida.

-Creí que echarías de menos las glamurosas capitales de la moda -apuntó Mitch enarcando una ceja.

-¿A ti te parece que las echo de menos? -contestó Christine.

-Bueno, supongo que como sólo has venido de vacaciones...

—No estoy de vacaciones, te recuerdo que yo he nacido y he crecido aquí, exactamente igual que tú, Mitch Claydon -contestó Cnristine-. Aquí me siento a gusto, aquí mi corazón está bien.

-Ojalá pudiera yo decir lo mismo del mío-comentó Mitch con sequedad.

Christine lo miró intensamente.

-Siempre ha habido un vínculo entre nosotros, Mitch. Será mejor que lo aceptes.

-Lo acepto -contestó Mitch encogiéndose de hombros-, pero a

veces me toma por sorpresa. Como anoche.

-Yo no me arrepiento -dijo Christine-. ¿Y tú?

-Ya veremos. Lo cierto es que no me puedo arriesgar a acercarme a ti. Supongo que lo entenderás, ¿verdad? Es mi instinto de supervivencia. Sé que te vas a volver a ir.

-¿Y si te dijera que estoy harta de ser Christine Reardon, la supermodelo?

-Supondría que me estás diciendo que estás considerando pasarte al cine -contestó Mitch-. Hazlo, ya tienes incluso el acento estadounidense, así que no creo que te cueste mucho.

-Es imposible que no se te pegue el acento del país donde vives -comentó Christine-. ¿Te importaría que cabalgáramos en paz?

-Claro -contestó Mitch-. No quiero fastidiarte las vacaciones.

-Te odio -susurró Christine.

-Yo también te odio, pero me excitas -dijo Mitch posando la mirada en sus labios.

-Esa es la intención -contestó Christine excitada.

-Dímelo cuando estemos a solas.

-¿Para que me pongas en mi lugar?

-Chrissy, sabes que lo hago por sentido común.

A media mañana, avistaron a Lightning y a su harén.

Mitch, con expresión emocionada, dio orden de salir detrás de ellos al galope. En cuanto los oyeran, los caballos salvajes salieron en estampida.

Christine sintió la adrenalina corriéndole por las venas. No era la primera vez que participaba en una actividad así. Lo cierto era que lo había hecho varias veces con Mitch.

Como siempre, le era imposible adelantarlo. Mitch iba delante de ella a lomos de su increíble yegua, Zena.

Dos yeguas se quedaron rezagadas con sus potrillos, pero el grupo no les hizo caso. Sólo querían al semental negro.

Christine se encontró de repente con un tronco delante, pero su caballo lo saltó sin dificultad. Tuvo que hacer frente a otros obstáculos, pero todos los superó con éxito sin perder de vista Mitch.

Algunos de los compañeros de Lightning, sobre todo yeguas y potros, comenzaron a no poder con la carrera y a pararse.

Lightning seguía avanzando, acompañado ya solamente por el mejor potro de su manada.

Mitch sacó una cuerda con lazo y le hizo una seña a Christine. Su plan era acorralar al semental al llegar al cañón que tenían ante sí.

El cañón se dividía en dos y Mitch consiguió llevar al caballo al que a él le interesaba, un camino que estaba cortado por grandes piedras.

Al llegar allí y verse acorralado, el animal se giró para enfrentarse a ellos. Christine observó cómo movía la cabeza y pateaba el suelo.

-Es una fiera -observó Snowy, uno de los hombres de Mitch-. Jefe, no sé si va a merecer la pena.

-Hemos logrado acorralarlo -contestó Mitch-. Ahora no lo vamos a dejar escapar, ¿no?

-No sé, jefe, mire qué ojos tiene, parece el diablo.

-Estoy de acuerdo -dijo Christine.

-Sí, se ve que es agresivo -murmuró Mitch-, pero...

-Podría ser un asesino -insistió Snowy.

-Déjalo ir, Mitch -le aconsejó Christine-. Tengo una mala corazonada.

Aquello enfureció a Jack Cody.

-¡No! -exclamó mirando a Christine, como diciéndole que las mujeres sólo servían para una cosa-. Si Snowy no se atreve a ir a por él, yo sí.

Mitch se quedó mirando a su capataz. No lo había contratado él. Había sido su padre quien lo había elegido.

-No sé qué decirte, Cody -contestó Mitch-. No dudo de tus aptitudes, pero nos enfrentamos a un gran problema. Este semental parece realmente peligroso, así que creo que es mejor que lo dejemos en libertad. Sin embargo, no estoy dispuesto a perder las dos yeguas que se llevó con él.

-¿Por qué no vamos a buscarlas? No creo que Lightning vaya a seguirnos -sugirió Christine.

-¿Y qué sabe una mujer de caballos? -explotó Jack Cody.

-Probablemente mucho más que tú -le espetó Mitch-. La señorita Reardon ha crecido en Wunnamurra y sabe tanto como cualquiera de nosotros. Haz el favor de pedirle perdón inmediatamente.

Cody, que no se había dado cuenta de quién era Christine, bajó la mirada.

-Por supuesto que le pido perdón -se disculpó. No me había dado cuenta.

Christine se encogió de hombros y no dijo nada.

-¿No te habías dado cuenta de cómo monta a caballo? -dijo Mitch girándose hacia Snowy-. Entonces, ¿tú qué crees? ¿Lo dejamos marchar?

-Yo creo que sí, jefe -contestó su hombre-. No quiero que mate a

nadie.

-Desde luego, parece dispuesto a hacerlo -apuntó Christine mirando al caballo.

-Déjeme intentarlo, jefe -insistió Cody.

-No quiero que arriesgues la vida por un caballo -contestó Mitch, que sabía que su capataz había tenido una fuerte caída en el último rodeo en el que había participado.

-Todo esto ha sido una pérdida de tiempo -comentó Cody.

-Lo cierto es que, viéndolo de cerca, me doy cuenta de que este caballo tiene demasiado carácter -admitió Mitch-. Aunque pudiéramos atraparlo, no creo que lo pudiéramos domesticar jamás.

-Si consigo montarlo, ¿me lo puedo quedar? -preguntó su capataz con altanería.

Mitch lo miró con desaprobación.

Jack Cody sabía que los hombres no solían desafiar a su jefe, pero él estaba dispuesto a jugarse la vida por impresionar a aquella mujer. Desde que la había visto, se había vuelto loco.

-Voy a intentar pasarle el lazo por la cabeza -comentó muy seguro de sí mismo.

Antes de que nadie pudiera impedírselo, así lo hizo.

El semental, viéndose medio ahogado, reaccionó con una fiereza sin medida. Comenzó a escupir saliva y puso los ojos en blanco mientras se movía como una furia.

El caballo de Cody no pudo con la embestida y cayó al suelo.

-¡Suelta la cuerda! -le ordenó Mitch-. Christine, vete de aquí -añadió al darse cuenta del peligro.

Pero Jack Cody no soltó el lazo porque lo único que quería era impresionar a aquella mujer. Además, le daba pánico que el semental lo arrollara al escapar.

Christine se había puesto a cubierto, pero aun así Mitch estaba nervioso por ella. No se quería ni imaginar que le pudiera suceder algo.

Había cazado muchos caballos salvajes, pero ninguno tan fiero como aquel. Miró a Snowy y vio que tenía el lazo preparado. El también lo tenía, pero no veía el momento de lanzarlo.

Cody estaba perdiendo la batalla contra el semental. Estaba claro que el animal le iba a pasar por encima y lo iba a matar.

Mitch tomó una decisión.

Sacó su rifle y abatió al semental justo a tiempo. El sonido de la bala retumbó en las paredes del cañón y el poderoso animal cayó al suelo de bruces.

Christine apretó los puños con fuerza. Todos ellos habían corrido

un enorme riesgo. Podrían haber resultado gravemente heridos o incluso muertos.

-No me puedo creer lo que has hecho -le dijo Mitch a su capataz-. Eres un hombre con gran experiencia. ¿Qué te ha pasado? ¿Te has vuelto loco? Has actuado por tu cuenta y riesgo, desobedeciendo mis órdenes, nos has puesto a todos en peligro y lo peor es que hay una mujer entre nosotros.

-Nunca me las había tenido que ver con un caballo tan fuerte -intentó defenderse Cody desde el suelo.

-Tienes razón, te podría haber matado -gritó Mitch mirando al animal inerte.

Todos los allí presentes, a excepción de su capataz, eran grandes amantes de los caballos, y ver a aquel así los apenaba enormemente.

-Estás despedido -le indicó con disgusto.

Jack no contestó, pero decidió vengarse en un futuro. No iba a permitir que Mitch Claydon lo pusiera en ridículo delante de Christine.

-Me voy, jefe, arrepentido de lo que he hecho -mintió-. Siento mucho haberles puesto a todos en peligro, en especial a usted, señorita Reardon -añadió mirando a Christine.

A pesar de que sus palabras sonaban sinceras, Christine no las creyó. Había algo en la mirada de aquel hombre que no le gustaba.

CAPÍTULO 5

JULANNE se asustó mucho al enterarse de lo sucedido. -Desde luego, ese hombre ha actuado con gran temeridad -le comentó a su hijo mientras Christine se duchaba y se cambiaba de ropa-. A mí nunca me gustó, hay algo en sus ojos que me incomoda.

-Esta mañana no podía apartarlos de Christine -contestó Mitch todavía furioso.

-No es de extrañar, hijo, porque Christine es una auténtica belleza. Incluso tu padre dice que no puede dejar de mirarla.

-Eso es diferente. Papá la ha visto crecer.

-Es una pena lo rápido que pasa el tiempo. Christine se va a tener que ir el domingo por la tarde. ¿Qué te parece si hacemos una fiesta de despedida el sábado por la noche?

-¿Ya quién quieres invitar?

-Por supuesto, a Kyall y a Sarah, y no sé si a Max y a Enid -sugirió Julanne.

-Ni hablar de invitar a Enid -contestó Mitch-. Seguro que le estropea la fiesta a su hija, es incapaz de no criticarla. Si quieres dar una fiesta en honor de Christine, para que Christine se lo pase bien, te sugiero que no invites a su madre. Invita a parejas jóvenes, casadas o no.

-Sí, eso, a ver si así te caso a ti pronto -bromeó su madre-. Tu padre y yo nos morimos por tener nietos.

-¿De qué habláis? -preguntó Christine saliendo al porche-. No sabía que Mitch se fuera a casar -añadió para tomarle el pelo.

-No tengo la cabeza como para pensar en casarme y tampoco para hablar de ello -gruñó Mitch.

-¡Madre mía, que cortante estás! -dijo Christine acercándose y sentándose en el brazo de su butaca.

Al instante, Mitch percibió el aroma de su champú.

-Así es como están muchos hombres a los que obligan a casarse -ladró.

-No creo que tú fueras a ser un buen marido -comentó Christine revolviéndole el pelo.

-Lo que está claro es que tú serías una esposa muy peligrosa -contestó Mitch poniéndose bien el pelo.

-¿Por qué dices eso?

-Habría que encerrarte bajo llave. Todo el mundo sabe que las mujeres guapas son las más problemáticas. Por eso, la mayoría de los hombres se casan con mujeres feas. ¿No te has dado cuenta de

cómo te estaba mirando Cody?

-Lo cierto es que sí -contestó-, pero estoy acostumbrada. Desgraciadamente, tengo que aguantar miradas así tanto profesional como socialmente. Me encanta que estés celoso, Mitch.

-Te aseguro que me habría sentido igual si hubiera sido otra mujer.

-¡Ay!

-Te lo tienes merecido.

-Lo sé -sonrió Christine-. ¿Estás disgustado por haber tenido que despedirlo?

Mitch se encogió de hombros.

-El honor será de mi padre -contestó-. Mañana, cuando vuelva de la ciudad, se encargará de ello. Por cierto, mamá, ¿por qué no le cuentas a Christine lo que tienes preparado para ella?

-¿Qué es? -preguntó Christine girándose hacia Julanne.

-¿Te gustaría que diéramos una fiesta el sábado por la noche? -respondió la madre de Mitch-. Sólo gente joven, nada de viejos. Mitch y tú, Kyall y Sarah...

-Deberíamos hacer una lista -sugirió Mitch-. Siempre y cuando a ti te apetezca lo de la fiesta.

-¿Por qué no me va apetecer? Me parece una idea magnífica, Julanne. Podríamos invitar a algunas de las ex novias de tu hijo. Por ejemplo, a Fleur McPherson.

-Está casada -interrumpió Mitch.

-¿Ah, sí? No lo sabía -contestó Christine.

-Es que has estado mucho tiempo fuera.

-Vaya, así que Fleur está casada. Bueno, entonces, nada. No nos vamos a poner a romper matrimonios.

-Invítate a ti misma -bromeó Mitch.

-Sí, tienes razón, yo también soy tu ex novia.

-Sí, pero ya no significas nada para mí.

-Una pena.

-Culpa tuya.

-Niños, estábamos hablando de la fiesta -les recordó Julanne.

-No quiero que esto suponga un quebradero de cabeza para ti -le dijo Christine-, así que vamos a invitar a poca gente.

-Vamos a invitar sólo a las personas que a ti te apetezca -sugirió Mitch-. Se lo tendremos que decir cuanto antes para que puedan venir.

-Vamos a hacer una lista -dijo Julanne encantada-. Si no invitamos a más de veinte o treinta personas, podrían quedarse a pasar la noche.

-Ahora que lo pienso, no tengo ningún vestido de fiesta -comentó Christine.

-¿No te has traído ninguno? -dijo Mitch con sarcasmo.

-Me he traído un par por si a mi madre se le ocurría hacer una fiesta en mi honor, pero los tengo en casa -contestó Christine-. Da igual, ya me las arreglaré. ¿Sabes a quién me apetecería invitar, Mitch? A Shelley Logan. Me apetece mucho verla. Cuando me fui, no era más que una adolescente. Supongo que ahora será una preciosa mujer.

-Acaba de cumplir veintiún años -sonrió Ju-lanne—, pero sus padres no le han hecho ninguna fiesta.

-No exageres, mamá -intervino Mitch.

-No exagero, hijo, lo digo porque lo sé. La invitaron a comer a un restaurante, pero no le hicieron una fiesta como a Amanda.

-Madre mía, aquella familia se deshizo cuando murió Sean, el gemelo de Shelley -recordó Christine.

Todos sabían que, cuando Amanda contaba once años y los gemelos seis, habían ido a bañarse al río y Sean se había ahogado.

Los padres, en lugar de culpar a la mayor, habían culpado a la pequeña porque Amanda había dicho que la había dejado al tanto del niño y que ella no había sabido cuidarlo.

-Sí, el padre todavía no lo ha superado -comentó Julanne-. La explotación iba de mal en peor. Menos mal que a Shelley se le ocurrió hace más o menos un año convertirla en un hotel de lujo para turistas.

-¿De verdad? -exclamó Christine.

-Sí, no es barato, pero se come de maravilla, es muy cómodo y se hacen muchas excursiones. Lo malo es que todo el peso lo lleva Shelley, que se encarga de cocinar y de programar las actividades mientras que su hermana mayor se dedica a no hacer nada. Nunca les faltan turistas, sobre todo europeos y japoneses.

-Sobreviven gracias a ella, pero nadie se lo reconoce -comentó Mitch chasqueando la lengua-. Si quieres invitar a Shelley, y yo creo que deberías hacerlo, vas a tener que invitar también a Amanda porque, de lo contrario, Shelley pagaría las consecuencias.

-Veo que hay cosas que no cambian -apuntó Christine.

-No en casa de los Logan. Quedaron destrozados tras la muerte del niño y Shelley ha sido siempre la cabeza de turco.

Al final, hicieron una lista con veinte invitados, muchos de los cuales eran compañeros de polo de Mitch.

-Yo siempre quise jugar -comentó Christine.

-Con lo traviesa que eras, seguro que te habría pasado algo -

contestó Mitch- . Y yo no hubiera podido soportarlo.

Al oír aquello, a Christine se le llenaron los ojos de lágrimas.

-Me alegra oírte decir eso -dijo fijándose de nuevo en la lista para disimular su conmoción-. ¿Quién es Tony Norman? -preguntó.

-Es el capataz de Strathmore -contestó Julanne-, un chico educado y divertido. Ya verás, te va a caer bien.

-Mi vida ha cambiado tanto que ya no conozco a nadie -se lamentó Christine.

-Sí, eso ya lo sabemos -gruñó Mitch-. Precisamente por eso, los invitados van a estar encantados de verte.

-¡Será mejor que me ponga manos a la obra! -exclamó Christine poniéndose en pie y besando a Julanne-. Te quiero mucho -añadió sinceramente antes de desaparecer.

Su madre no le había organizado ninguna fiesta, pero Julanne siempre pensaba en todo.

-Te voy a decir una cosa, hijo -le dijo Julanne a Mitch una vez a solas-. Más te vale que recuperes a esa mujer.

-¿Para qué? ¿Para sufrir? -contestó poniéndose en pie, apoyándose en la barandilla y admirando el paisaje-. Pronto querrá volver a Manhattan, con su gente. No es una mujer normal, es una top model. ¡Mírala! Me apuesto el cuello a que levanta revuelo allá donde va. No te hagas falsas ilusiones. No voy a pasar por lo mismo otra vez. Estoy bien como estoy, sin sufrir.

A pesar de que lo había dicho muy seguro de sí mismo, por dentro Mitch se moría por pasar una noche con Christine.

Tenerla en su casa, al lado, era el paraíso y el infierno a la vez.

No había aprendido nada.

Fue maravilloso volver a ver a sus amigos, reírse y recordar con ellos su infancia y su adolescencia.

Desde el primer momento, todos se encontraron cómodos, pues sabían que se iban a quedar a dormir y que podían estar de fiesta toda la noche.

Como los invitados formaban diez parejas, Julanne había decidido dar una cena sentada y no un bufé. Acostumbrada a agasajar a sus invitados, la madre de Mitch no dudó en engalanar el comedor para la ocasión.

Además de Kyall y Sarah, fueron las dos hermanas Logan, los hermanos Saunders, compañeros de polo de Mitch, las hijas de Mclvor, que llegaron en helicóptero, y Terry y Alex Cooper.

Todos acudieron para ver a Christine, la superestrella que se había criado con ellos.

Y Christine no defraudó.

Llevaba un vestido de ensueño que arrancó varios ohhs y ahhs y algunas risas cuando bromeó andando como si estuviera desfilando sobre una pasarela.

Se trataba de una creación de varias capas de seda de flores en tonos rosas, violetas, azules y verdes cuya falda era asimétrica y su escote pronunciado.

-Es un vestido maravilloso para el calor -comentó Amanda Logan.

Ella se había puesto un vestido más normal, pero también estaba increíblemente sexy. De hecho, se había vestido así para atraer a Mitch. Lo que no se podía explicar era por qué Christine, que era tan exageradamente alta, se había empeñado en ponerse unas sandalias doradas de tacón de aguja.

-Yo creo que con ese vestido podría iniciar una ola de calor ella sólita -comentó Mitch mirando a Christine embobado-. Ese vestido te queda de maravilla. No te lo quites nunca -bromeó.

Julanne estaba encantada. Los jóvenes se lo estaban pasando de maravilla. Tal vez, la única que se había pasado un poco al escoger vestido había sido Amanda, que lucía un conjunto en tonos rojizos demasiado corto.

Julanne se había dado cuenta hacía ya tiempo de que a aquella mujer le gustaba su hijo. De hecho, aquel mismo día la había visto saludarlo con un beso demasiado sensual.

La cena fue un gran éxito.

La propia Julanne, ayudada por el ama de llaves, Noni, se encargó de servir las delicias que habían preparado para la ocasión, casi todas a base de marisco, un bien muy escaso y apreciado en aquella parte del país y que Julanne había hecho traer desde el norte.

Había ostras al champán, crema de cangrejo, langostas con salsa india de especias, lenguados con beicon y salsa de vino tinto y, el plato central, emperadores rojos al vapor envueltos en hojas de plátano con chutney de papaya y salsa de coco.

De postre, sorbete de fruta de la pasión y limón o pina preparada con helado de vainilla. Todos, a excepción de tres chicas que se excusaron diciendo que se iban a tener que poner a régimen el lunes, cedieron a la tentación.

-¿Cómo haces para comer tanto y estar tan delgada? -le preguntó Amanda a Christine.

Amanda, que no era gran amante del deporte, tenía tendencia a engordar con facilidad.

-Es una de las ventajas de ser tan alta -contestó Christine, que se había dado cuenta de que Amanda llevaba toda la noche mirándola-. Además, vigilo lo que como y hago mucho deporte. Hoy he hecho una excepción porque todo está buenísimo.

-Me acuerdo de cuando Mitch, Chris, Sarah y yo fuimos a buscar el tesoro de los Claydon -dijo Kyall mirando a su amigo-. Nos perdimos siguiendo un viejo mapa que Mitch decía que probaba que el tesoro existía.

-Lo recuerdo como si fuera ayer -sonrió Mitch-. Lo cierto es que el tesoro existe, de verdad. Mamá, siéntate y cuéntanos la historia -le rogó a su madre.

-Supongo que ya os la sabréis todos.

-Por favor, Julanne -le pidió también Christine.

-Yo nunca he oído hablar de ese tesoro -apuntó Shelley Logan.

-Tú eras muy pequeña -intervino su hermana-. El pobre Sean todavía vivía.

Ante aquellas palabras, Shelley palideció y todos los presentes, a excepción de Amanda, se solidarizaron con ella.

Christine le sonrió y pensó que Shelley era una belleza en potencia. Tenía una piel delicada, unos increíbles ojos verdes y una cabellera rojiza despampanante. Sin embargo, era Amanda la que llevaba el vestido caro.

Realmente sentía que la pequeña de los Logan tuviera que vivir toda la vida con aquella carga sobre sus espaldas.

Al final, Julanne se sentó a la mesa con los jóvenes y les relató la historia del tesoro de su familia.

-Nos tenemos que remontar a 1840, cuando Edward Claydon y su esposa Cornelia llegaron a este país acompañados por sus dos hijos y sus dos hijas. Venían de Inglaterra y se asentaron en una vasta extensión de trescientos mil acres a ciento sesenta kilómetros al oeste de Brisbane. Ahora, esa zona es el granero de Queensland, pero en aquel entonces los pioneros, como mi familia, se ganaban la vida con las ovejas que habían traído de Inglaterra. La intención de Edward, como la de muchos aventureros que llegaron en aquel entonces hasta este país, era establecer aquí su propia dinastía. A los pocos años de llegar, se declaró una peligrosa epidemia entre las ovejas y Edward no dudó en agarrar a toda su familia y su ganado y venir hasta aquí, donde no había nada. Se estableció en Marjimba y logró prosperar. Los aborígenes nunca lo molestaron, pero sí un ladrón llamado Paddy Balfour, un convicto que se había escapado

de la prisión y que era el jefe de una banda de unos veinte hombres con la que robaba a todos los que se adentraban en el bosque. Robaron a bastantes ganaderos, así que Edward decidió enterrar su dinero y las joyas de su esposa. El problema fue que no le dijo a nadie dónde lo enterró. Sus temores de que la banda de Paddy los robara nunca se hicieron realidad, pues Paddy murió a manos de la mujer de un ganadero que, asustada, le pegó dos tiros. Poco después, también murió Edward y, pasado el comprensible mal trago, la familia empezó a preguntarse dónde estaría el tesoro.

-Y todavía hoy nos lo seguimos preguntando -concluyó Mitch sonriente.

-¿Y el mapa? -preguntó Shelley con los ojos muy abiertos.

-Lo seguimos y nos alejamos tres kilómetros de la casa, pero el calor y el cansancio nos hicieron abandonar -contestó Mitch-. Chrissy no podía seguir.

-No es así como yo lo recuerdo -intervino Christine mirándolo con sorna-. Siempre he podido seguirte, Mitch. Sarah, ¿cuántos años teníamos entonces?

-Tú eras las más pequeña y tenías nueve -contestó la prometida de su hermano-. Y recuerdo que te ganaste una buena regañina.

Mitch también lo recordaba a la perfección. Aunque era la más pequeña y, por lo tanto, la menos responsable de aquella aventura, fue la que peor parte se llevó en su casa. A Kyall, por supuesto, no le dijeron nada.

-¿O sea que nadie tiene la más remota idea de dónde está el tesoro de Edward? -insistió Shelley-. ¿No estará en la casa? ¿En algún lugar secreto?

-¿Crees que no hemos mirado? -sonrió Mitch-. Chris y yo nos pasamos años buscándolo -le explicó recordando que, mientras buscaban, también se dedicaban a hacer el amor.

Miró a Christine y comprobó que se había sonrojado.

-Es imposible encontrar ese tesoro -sentenció.

-¿Y de dónde sacasteis el mapa? -insistió Shelley, a quien la idea del tesoro parecía fascinar.

Un tesoro sacaría a su familia de la penosa situación en la que se encontraba.

-Yo creo que fue una especie de broma -comentó Mitch-. Lo encontramos doblado infinitas veces y escondido en un juguete de finales del siglo XVIII. Está por ahí, en uno de esos cajones -añadió señalando una estantería.

-Enséñaselo, Mitch -le dijo Christine.

-Muy bien -contestó Mitch poniéndose en pie y volviendo con

una diligencia antigua entre las manos.

-Es preciosa -comentó Shelley tocándola con reverencia.

Christine se fijó en la poca gracia que le estaba haciendo a Amanda que su hermana fuera el centro de atención.

-¿Y si hiciéramos unas cuantas copias, Mitch? -propuso Christine.

-Sí, Mitch -díjo Rick Saunders-. ¿Qué nos darías si lo encontráramos?

-Una buena recompensa -contestó Mitch sacando el mapa del juguete-. Pero que quede claro que el tesoro pertenece a la familia Claydon.

Shelley se quedó mirando el mapa que tenía entre las manos.

-¿Ves algo? -le preguntó Christine.

-Sí, una pista -contestó sonrojándose.

Mitch, Christine, Kyall y Sarah la miraron atónitos.

-Supongo que será la misma que ya visteis vosotros entonces -contestó Shelley de forma burlona.

-Dímelo al oído, Shelley -le indicó Mitch sentándose a su lado.

-Me estoy poniendo nervioso -confesó Kyall viendo cómo Shelley le decía a Mitch el secreto al oído.

Mitch la miró con la boca abierta.

-No se nos había ocurrido a ninguno -admitió.

-¿Qué es? -quiso saber Christine-. Venga, Mitch, tienes que decírnoslo.

-Es un secreto y no pienso decírtelo, querida Chrissy.

-Ya te lo sacaré -le aseguró Christine mirándolo fijamente.

Los demás se rieron y miraron a Shelley.

-Venga, Shelley, atóntanoslo -le dijo Rick Saunders, que estaba completamente enamorado de ella.

-No pienso decírselo a nadie. ¡A nadie! -sonrió Shelley-. Cuando Mitch lo encuentre, la recompensa será para mí.

A pesar de que no lo veía probable, Christine rezó para que así fuera. Encontrar el tesoro sería la solución perfecta para que Shelley Logan no tuviera que trabajar tanto.

CAPÍTULO 6

BAILA conmigo -dijo Mitch tomando a Christine entre sus brazos. Era la primera vez que conseguía acercarse a ella desde que la música había comenzado a sonar hacía una hora. Todos los hombres presentes en la fiesta querían bailar con ella. A Mitch ya le estaba empezando a sobrar todo aquello, pero era evidente que Christine se lo estaba pasando en grande. Al fin y al cabo, ése era precisamente el objetivo de la fiesta.

Christine no podía evitar ser tan guapa, tan simpática y agradable.

El mundo de Mitch se reducía a aquella mujer.

-¿Qué tal te lo estás pasando?

Otra pareja los empujó sin querer y Mitch aprovechó para agarrarla con más fuerza y llevarla hacia la terraza.

Recordaba nítidamente todos los bailes a los que habían ido juntos, la música, la sangre caliente corriéndoles por las venas y los pies ligeros. Chris y él bailaban tan bien que, sin quererlo, solían ser toda una exhibición.

-Me lo estoy pasando de maravilla -contestó Christíne intentando ignorar el ruego que la quemaba por dentro.

Encontrarse de nuevo entre sus brazos era como estar en el paraíso. Cuánto lo había echado de menos. ¿Por qué no decírselo? ¿Acaso no sabía leer la expresión de sus ojos?

Mitch se había pasado toda la noche con Amanda Logan colgada del brazo, como para que lo protegiera, pero si esperaba que Christíne se pusiera celosa se iba a llevar una gran decepción.

-Me muero por hacerte una pregunta. ¿Qué es lo que ha visto Shelley en el mapa ?

-No pienso decírtelo-sonrió Mitch.

-Llevo toda la noche dándole vueltas.

-Normal. ¿Sabes lo que te digo? Puede que algún día siga esa pista y puede que te pida que vengas conmigo.

-¿De verdad? -dijo Christíne mirándolo con incredulidad.

-Es curioso cómo a los demás no se nos ocurrió después de mirar el mapa tantas veces... -Por favor, cuéntamelo -insistió Christine. -¿Por qué no duermes esta noche conmigo y hablamos de ello en la cama?

Christine sintió que el corazón se le desbocaba. -Muy bien, estoy dispuesta a jugar a este estúpido juego -contestó. -No es ningún juego. -Entonces, ¿qué es?

-Algo que podría estar muy bien -contestó Mitch en aquel tono de burla que había desarrollado para protegerse de ella.

-Podrías estar mintiendo.

-Las mentiras no hacen más que complicar una existencia que ya es de por sí complicada.

-Entonces, ¿por qué lo hacemos?

-¿Te refieres a por qué te miento? -sonrió Mitch- Para protegerme, Christine. Si no amas, no pierdes. Perder puede ser tremendamente doloroso.

- Tenemos que arreglar esto de alguna manera, Mitch.

-¿Por qué?

Mitch se recordó que debía pensar bien sus palabras, que debía montar bien su defensa, pues Christine se la podía echar por tierra en un minuto.

-Porque es importante. Porque, a pesar de todo lo que ha pasado, nos seguimos queriendo.

-Querrás decir que nos seguimos deseando -la corrigió Mitch con brusquedad-. Lo que yo siento por ti en estos momentos es deseo, no amor, y ya sabes que el cuerpo es difícil de controlar.

-¿Y qué dice tu cabeza?

-Mi cabeza te rechaza.

-Una pena.

-¿Verdad que sí? Ven aquí -dijo Mitch abrazándola con mas fuerza-. ¿Y tú qué sientes?

-Yo me siento completamente enamorada de ti. Es como si no hubiera pasado el tiempo -contestó Christine sinceramente.

Mitch estuvo a punto de perder el control.

-Ah, para -consiguió decir.

-Tú has preguntado y yo te contesto.

-¿Estás intentando volver a hacerte un hueco en mi vida?

-Sí tú me dejas, sí -contestó Christine.

Mitch tragó saliva y se dijo que debía apartarse de aquella mujer.

-¿Para qué? ¿Para volver a lo mismo? ¿Para que decidas de repente que no tendrías que haberte comprometido conmigo? Christine, tenemos que dejarlo fluir. Tú ya no eres de aquí.

Aquello dolió increíblemente a Christine.

-Antes no eras tan cruel -murmuró.

-Lo sé, pero es una manera de mantener las distancias -admitió Mitch.

-¿No me vas a perdonar nunca?

Mitch sintió deseos de tomarla en brazos con pasión y violencia.

-No es una cuestión de perdonar -contestó-. Me da miedo enamorarme de ti, Chrissy. Ya está. Lo he admitido. Me da miedo la furia, la soledad y la frustración. Perderte fue una experiencia demasiado dolorosa que no quiero repetir.

-Pero si quieres acostarte conmigo...

-¿Y te sorprendes? Eres una mujer guapa y experimentada. El sexo no siempre termina mal, pero el amor puede terminar mal y, de hecho, es así.

-¿Por eso le das pie a Amanda Logan? La he visto colgada de tu brazo toda la noche.

Mitch no contestó inmediatamente. Era consciente de su culpabilidad por dejar que Amanda se hiciera ilusiones.

-¿No estarás celosa? No hay motivos -le aseguró.

-No estoy celosa, de verdad, pero no me parece una buena idea que le hagas creer que te interesa.

-Tienes razón. Amanda se muere por tener algo conmigo.

-Debería hacerse un poco más la dura.

-Chrissy, cariño, no te metas. Ya no formas parte de mi vida, ¿recuerdas?

-¿Cómo lo voy a olvidar si no paras de decírmelo? ¿No hay ninguna esperanza para mí? -suplicó con la respiración entrecortada.

-¿Por qué haces esto? Te vas a ir pronto. Las vacaciones terminarán y te irás. Volverás a huir. No creo que estés dispuesta a renunciar a todo lo que eres ahora después de lo que te ha costado conseguirlo.

-Lo irónico es que no me ha costado tanto -le explicó Christine-. En mi agencia dicen que mi ascenso ha sido meteórico, que tuve suerte, que tenía la apariencia que se buscaba en aquel momento.

-Aun así, estás acostumbrada a ese mundo, a volar de un rincón al otro del mundo en el mismo día, a contratos millonarios, a discotecas y fiestas y quién sabe si a algo más, drogas por ejemplo...

Christine se apartó de él sorprendida. Mitch la conocía de sobra y sabía que ella no era así.

-Te aseguro que he tenido infinidad de oportunidades de entrar en ese mundo, pero nunca he querido. Jamás me he drogado, Mitch. Tampoco soy promiscua.

-¿He dicho yo acaso que lo fueras?

Imaginarse a Christine en brazos de otros hombres le llegó al corazón. Aquella mujer lo había sido todo para él en un momento de su vida y todavía la deseaba.

-Me parece que exageras. Supongo que has leído sobre el mundo

de la moda y has dado por hecho que todas las modelos beben y toman drogas. Yo no lo hago. Aunque haya cambiado por fuera, por dentro sigo siendo la misma de siempre.

-¿Se supone que me lo tengo que creer? ¿No me estarás diciendo que lo vas a dejar todo y vas a volver a casa?

Christine miró a su alrededor y vio a Amanda observándolos con envidia.

-Algún día tendré que volver -contestó-. Me quedan un par más de años, ya sabes que para ser modelo hay que ser joven.

-¿Y hay vida después de ser modelo?

-Sí, y ya va siendo hora de que la viva -contestó Christine acariciándole la nunca como solía hacer.

-No hagas eso -dijo Mitch en voz baja.

-¡Miedoso! -le dijo Christine al oído como cuando eran niños.

-Sí, tengo miedo -admitió Mitch enfadado consigo mismo-. Hay una parte de mí, Chrissy,

que sigue estando loco por ti, pero no lo suficientemente loco, así que para. ¿Dónde vas a vivir? No creo que te haga mucha gracia dejar Nueva York, donde todos te conocen y te adulan.

-Yo no necesito que me adulen. Siempre he tenido los pies en la tierra. Ser una modelo reconocida mundialmente no es el único objetivo de mi vida. Ha sido una profesión que me ha reportado grandes beneficios y mucho placer, pero creo que puedo vivir sin ella.

-¿Y si te equivocas? -quiso saber Mitch mirándola a los ojos.

-No vas a volver a confiar en mí jamás, así que, ¿para qué lo quieres saber?

-No pienso dejar que me vuelvas a romper el corazón -contestó Mitch apretándola contra su cuerpo para que sintiera su erección.

Al hacerlo, Christine sintió un escalofrío por todo el cuerpo.

Sí, Mitch tenía la teoría muy clara. Su cabeza lo tenía muy claro, pero su cuerpo no. Tener a Christine entre sus brazos era una deliciosa tortura que lo estaba destrozando, pero se moría por cubrirla de besos, por acariciarle los pechos, por introducirse en su cuerpo.

Sabía que ninguna otra mujer del mundo podía darle el placer que le daba Christine. Había sido la mejor amante que había tenido.

De repente, se encontró dejándose llevar y sus labios fueran a parar allí donde querían estar. Durante una fracción de segundo, Christine lo miró desconcertada, pero acabó rindiéndose.

Sus labios se abrieron como una flor y la lengua de Mitch, como un estambre, buscó su néctar.

Christine se había fundido contra su cuerpo. Mitch sentía su calor bajo el vestido y quería proponerle que se fueran juntos, quería agarrarla de la mano y llevarla a su dormitorio, quería volver a desnudarla.

Con sólo pensarlo, sintió que la sangre se le licuaba en las venas. Se había repetido una y otra vez que no debía perder el control, que no debía dejarse llevar, pero allí estaba, de nuevo mortificado por el deseo.

Besarla no era suficiente. Quería su cuerpo, perfectamente construido para que él lo amara. Quería sentirla bajo las sábanas, deslizarse por su piel.

¡El éxtasis!

La amaba. Era la costumbre, pero aquel amor era un amor desesperado. Habían sido la pareja más perfecta del mundo, habían tenido claro que se iban a casar, pero en aquellos momentos formaban una pareja muy rara.

Christine no tenía cabida en su vida. El ganadero y la supermodelo. La supersónica carrera profesional de Christine había roto todos sus sueños. A Mitch no le quedaban más que recuerdos.

Haciendo un gran esfuerzo, se apartó de ella y tomó aire mientras se miraba en aquellos ojos llenos de pasión.

-Ha sido una estupidez -sentenció-. Una locura.

-¿Qué te pasa, Mitch? ¿Te gusta esto de quererme y odiarme? -contestó Christine con furia.

-Lo que querría sería hacerte el amor de una manera que nunca olvidaras. No te dejaría salir de mi habitación durante días o puede que semanas.

-Sí, pero no tienes valor para hacerlo. Te gusta regodearte en tu dolor, Mitch. Te traicioné y no vas a permitir que lo olvide nunca. O todo o nada -dijo Christine, notando que el corazón le latía aceleradamente-. Te dejas llevar por la compasión, pero sólo la tienes contigo, no conmigo. ¿Sabes por qué? Porque te puede el orgullo.

-¿De verdad? -replicó Mitch también enfadado-. Te gusta controlarme y lo sabes. Te gustaría ser la única mujer que ha llegado a mi corazón. Hay muchas mujeres así.

-¡Yo no soy así! -se defendió Christine.

-Chrissy, no aguantas que te rechacen. A mí tampoco me gustó que me lo hicieras. Te quería, pero eso a ti te dio igual. Ahora, todo se reduce al poder, el poder de una mujer guapa. Estás acostumbrada a causar un impacto espectacular, pero te puedo asegurar que conmigo no te va a dar resultado. Estoy harto de

pasarme la vida pensando en ti. Es una agonía. Soy un tonto que ha vivido un sueño imposible y, por ello, no he vivido mi vida, pero te aseguro que no me moriría si me volvieras a dejar. Ya estoy acostumbrado.

84

-¿Te crees que fuiste el único que sufrió? ¿Te crees que a mí no me comían los remordimientos? Lo siento mucho. Te suplico que olvides el pasado.

-No es tan fácil, Chrissy -contestó Mitch.

-¡Inténtalo!

-Es difícil olvidar lo que me hiciste.

-Entonces, ¿por qué me besas? No tiene sentido.

-Porque soy humano -contestó Mitch apretando los dientes-. A veces no me entiendo ni yo mismo. El orgullo es muy importante para un hombre.

-¿Qué tiene que ver el orgullo cuando estamos hablando de amor?

-¿Quién dice que sigo sintiendo amor por ti?

-Yo lo digo.

-No -dijo Mitch sacudiendo la cabeza-. Es sexo, Chrissy. Te repito que es sexo. No tiene nada que ver con el amor ni con la felicidad.

-Estoy de acuerdo, pero no me creo lo que me estás diciendo. Estás intentando castigarme. Te conozco, Mitch. No olvides que nos criamos juntos. Antes de ser amantes, fuimos amigos.

-Un gran error -remarcó Mitch-. Antes confiaba en ti con los ojos cerrados, pero ya no puedo hacerlo. Lo mejor sería basar nuestra relación en el sexo, seguro que eso sigue siendo maravilloso entre nosotros.

-Yo no me vendo barato.

-Eso ya lo sé. Entonces, ¿qué es lo que quieres? No puede ser dinero. Creo que es la necesidad de poseerme, de saber que soy tuyo.

Estaban tan absortos en su discusión que no oyeron la acaramelada voz hasta que la tuvieron muy cerca.

-Mitch, ¿dónde estás?

Era Amanda, fingiendo que no sabía dónde estaba Mitch cuando, en realidad, llevaba toda la noche vigilándolos.

-¡Maldición! -dijo Mitch.

-Ve con ella -le indicó Christine-. A ver si así recuperas la cordura -añadió desapareciendo en la oscuridad.

-Ah, estás aquí -exclamó Amanda encantada.

Estaba fascinada con Mitch Claydon. Había ido con él al último baile. Lo cierto había sido que lo había invitado ella, pero él no se había negado. Incluso la había besado al final de aquella noche gloriosa. Sí, estaba un poco borracho, pero como todos.

Amanda estaba segura de que le gustaba.

Y ahora caminaba hacia ella, con los ojos encendidos. Había estado con Christine y debían de haber discutido.

¡Perfecto!

Sin embargo, Amanda sintió celos. Christine estaba empezando a ponerle de los nervios. Aquella mujer había abandonado a Mitch. ¿Qué mujer en su sano juicio haría algo así? Ella estaba dispuesta a matar por Mitch Claydon.

Los había estado observando toda la noche y se había dado cuenta de que, a pesar de todo lo que había sucedido, seguía habiendo un fuerte vínculo entre ellos. Amanda estaba deseosa de que la supermodelo hiciera las maletas y se fuera. Cuanto antes.

-Me lo estoy pasando de maravilla, Mitch -dijo colgándose de su brazo-. Muchas gracias por invitarme. Y por invitar a Shel también, claro. Mi hermana no sale mucho, prefiere quedarse en casa.

-Tal vez sea porque tiene muchas cosas que hacer -sugirió Mitch con sequedad-. Todos sabemos que tu hermana trabaja mucho.

-Sí -admitió Amanda mortificada-, pero le encanta lo que hace. Por cierto, me ha gustado mucho volver a ver a Christine. Es realmente guapa y lo mejor es que no tiene aires de grandeza. Eso me encanta. La hemos echado mucho de menos, supongo que tú también, ¿no?

-Te puedo asegurar que sí -contestó Mitch esperando que con eso Amanda se echara atrás.

-Os ibais a casar, ¿verdad?

-Me lo has preguntado ya mil veces, Amanda.

Amanda se rió nerviosa.

-Supongo que es porque Christine me tiene con la boca abierta. No se conoce todos los días a una supermodelo. Debe de tener un estilo de vida de lo más glamoroso y a una legión de hombres enamorados de ella. Yo, pobre de mí, no podría llevar esa vida. Ese mundo me da miedo. ¡Las modelos hacen de todo! Si tú supieras lo que publican sobre ellas... Pero Christine ha sabido mantener los pies en la tierra. Bueno, por lo menos, ha podido salirse del mundo de las drogas.

-¿De qué demonios hablas? -le espetó Mitch mirándola fijamente.

-Oh, vaya, he metido la pata.

-Pareces alegrarte.

-¿Yo? Claro que no me alegro. ¿Cómo puedes decir eso, Mitch? Suponía que lo sabías. Hace unos años, Christine admitió en una entrevista que había probado drogas de diseño. Dijo que había sido por curiosidad y que podía controlarlo. Por lo visto, hay gente que puede, aunque no debe de ser fácil.

-No estás diciendo más que tonterías -contestó Mitch.

-Lo siento mucho -dijo Amanda medio sollozando-. No lo sabías, ¿verdad? Creo que todavía tengo esa revista por casa. Confieso que me pareció bastante indiscreto por su parte admitir algo así, pero supongo que en el mundo en el que ella se mueve es normal.

-Te aseguro que Christine sabe cuidarse y no toma drogas. Me consta, así que no vayas diciendo eso por ahí. Ella misma me acaba de decir que jamás ha tomado drogas.

-¿Y qué te iba a decir? No quiere arriesgarse a perder tu respeto. De todas formas, ya te he dicho que fue hace unos años. Supongo que ya no lo hace. Por favor, no te enfades, Mitch. Yo admiro a Christine tanto como tú, pero no vivimos en su mundo, así que no podemos juzgarla. En los círculos en los que ella se mueve, las tentaciones deben de ser muy fuertes. Por otra parte, tiene cosas fantásticas. Por ejemplo, salir con Ben Savage. ¡Qué guapo es!

-¿Eso también lo has leído?

-Claro -contestó Amanda-. Por lo visto, tienen una relación estupenda basada en el sexo. Parece ser que Ben va a venir a Australia a buscarla. ¡Qué excitante! Hay millones de mujeres que morirían por estar con él, yo incluida. Christine debe de estar deseando verlo.

Mitch se metió las manos en los bolsillos.

-Me sorprende que no me haya dicho nada.

-Habrá sido por los periodistas. Piensa que estará harta de ellos, la siguen a todas partes porque es una superestrella. Supongo que, después de llevar esa vida, le resultará imposible volver aquí... Tampoco creo que quisiera, claro, preferirá quedarse con Ben Savage en Nueva York -dijo Amanda jugueteando con la manga del traje de Mitch-. Tal vez, si tenemos mucha suerte, nos lo presente.

La fiesta terminó a las dos y media de la madrugada, cuando todos decidieron que había llegado el momento de dormir un poco.

-¿Estás bien? -le preguntó Sarah a Christine mientras avanzaban

por el pasillo hacia sus habitaciones.

-Sí, lo que pasa es que he discutido con Mitch y creo que las cosas se nos podrían haber ido de las manos si Amanda no nos hubiera interrumpido. Se muere de miedo cada vez que lo pierde de vista.

-Está completamente enamorada de él -le confirmó su futura cuñada-. ¡Qué hermanas tan diferentes! Amanda es más guapa, pero Shelley es la que llega al corazón de todo el mundo.

-Estoy completamente de acuerdo.

-¿Y qué es exactamente lo que ha pasado con Mitch?

-Me ha dicho que no piensa perder más el tiempo conmigo -contestó Christine-. Me ha dolido mucho, pero por fin he entendido el daño que le hice.

Sarah abrazó a su amiga.

-Te tenías que ir, Chris. No fue porque quisieras, sino porque tenías que hacerlo. Te entiendo, yo no le conté a tu hermano mi secreto durante años y le hice mucho daño.

-Tú también tenías tus razones. Has debido de vivir una pesadilla. Mi hermano y tú habéis sufrido mucho por culpa de mi abuela. Si estuviera viva, la estrangularía...

-Veo que tu hermano te ha contado que Ruth dejó que yo creyera durante años que mi hija había muerto.

-Sí -contestó Christine con lágrimas en los ojos-. Tanto tú como yo hemos sufrido por culpa de mi abuela. Ahora, mi hermano y tú vais a ser felices con vuestra hija, pero Mitch sigue sin entenderme. Me he pasado toda la vida esforzándome para que mi madre y mi abuela me dieran su aprobación, pero nunca lo he conseguido, sólo me criticaban.

-Es una suerte que eso no te haya amargado la vida -dijo Sarah para animar a su amiga-. Te ha marcado porque la niñez siempre marca, pero sigues siendo una persona maravillosa. Hay ciertas similitudes entre tu historia y la mía. Las dos nos hemos visto obligadas a dejar atrás al hombre que queríamos. Ellos, ambos hombres orgullosos, no pudieron aguantar el rechazo.

-Creo que Mitch me odia -dijo Christine con dolor-. Desde luego, no soy de su agrado.

-Eso no es cierto, Chris -contestó Sarah abrazándola-. Estoy segura de que te sigue queriendo, pero está intentando luchar contra ello. No sabe lo que quieres hacer con tu vida y, por eso, no quiere volver a arriesgar el corazón. Está en guardia. Los hombres son tan vulnerables como las mujeres, no lo olvides. Por cierto, ¿qué vas a hacer con tu vida? Ahora eres famosa, viajas por todo el

mundo y tus fotografías están por todas partes. ¿Serías capaz de dejar eso?

-Mañana mismo -contestó Christine sin pensárselo.

-¿Estás segura?

Christine sonrió.

-Llevo años viviendo así, Sarah, y no he encontrado a ningún hombre que pueda reemplazar a Mitch en mi corazón. He tenido algunas relaciones

serias creyendo que podrían funcionar, pero no ha sido así. Mi reloj biológico me llama y quiero tener una familia, un marido, hijos. Quiero tener lo que realmente te realiza como mujer y te puedo asegurar que no es la fama. Yo ya he tenido suficiente fama. Lo que quiero es que me quieran. Quiero ser lo más importante en la vida de mi compañero. No quiero terminar mis días sola. Para mí, tener hijos es el verdadero éxito, no aparecer en las portadas de las revistas de moda. Lo malo es que el hombre que yo he elegido para compartir mi vida no me quiere. Ya no confía en mí.

-¿De verdad estás segura de que es el hombre de tu vida?

-Nunca ha dejado de serlo -contestó Christine sinceramente.

-Entonces debes convencerlo de ello.

-Eso será si me deja. Te aseguro que lo he intentado.

-Pues tienes que seguir haciéndolo.

-Supongo que es demasiado pedir que vuelva a confiar en mí en sólo una noche.

-Mitch tiene miedo de que, si vuelve contigo, tú lo vuelvas abandonar porque ahora llevas otro tipo de vida. Su vida está aquí, en Marjimba, así que no te podría seguir. Sería imposible. Eres tú la que te tienes que quedar aquí. Como de costumbre, somos las mujeres las que tenemos que sacrificarnos.

-Para mí volver a casa no sería ningún sacrificio -le aseguró Christine-. Nací y me crié aquí y te puedo asegurar que jamás me habría ido si no hubiera sido porque la vida en mi casa era insoportable.

-Perdona que te diga, Chris, pero te recuerdo que tu madre sigue viviendo aquí. Te quiere, pero no sabe cómo demostrártelo.

-Sí, entre ella y la abuela siempre me hicieron sentir que no valía nada. Por eso me identifico con Shelley Logan. Si yo fuera ella, me iría. A ver si, así, Amanda hacía algo aparte de creer que Mitch es su príncipe azul. ¡Porque es el mío! -rió Christine entrando en su habitación.

-¡Así se habla! -rió Sarah también.

-Créeme si te digo que el amor de verdad perdura -dijo Christine



besando a su futura cuñada-. Yo he tardado en darme cuenta, pero al final lo he comprendido.

CAPÍTULO 7

DURANTE las pocas horas que durmió, Christine estuvo dando vueltas en la cama. Por supuesto, soñó con Mitch, pero no fueron sueños placenteros.

Soñó que discutía constantemente con él y que Amanda no se separaba de su lado. No hacía falta ser psicólogo para interpretar aquellos sueños. Christine tenía miedo de no poder recuperar a Mitch y de que él se fuera con Amanda.

Cuando amaneció, apartó las sábanas y se metió en la ducha para olvidarse de aquellos sueños. A continuación, se puso unos vaqueros, una camiseta, las botas de montar y el sombrero y salió de su habitación.

La casa estaba completamente en silencio, todo el mundo debía de estar durmiendo.

Cuando llegó a las cuadras, saludó a Wellington, que parecía muy contento de verla. Acarició al animal y lo ensilló con la intención de dar un paseo.

Había decidido ir en dirección a los lagos, su lugar favorito.

A aquella hora de la mañana había un ambiente mágico. Todo estaba en silencio, sólo se oían los pájaros.

Mientras cabalgaba, en el horizonte los tonos violetas, rosas y dorados dieron paso al azul.

A lo lejos, vio una nube de polvo rojo que indicaba que se aproximaba un rebaño de Marjimba y no pudo evitar preguntarse cuánto tardaría Mitch en encontrar un sustituto para Jack Cody.

Julanne le había dicho que el capataz estaba furioso porque lo hubieran despedido. Le habían pagado lo que le debían, pero no le habían dado buenas referencias para su próximo trabajo.

Por lo visto, antes de irse le había dicho a Mitch que volvería.

Christine se sonrojó al recordar que la noche anterior se había planteado seriamente colarse en la habitación de Mitch. Lo único que la había echado atrás había sido que la casa estaba llena de invitados.

Además, no sabía dónde estaba Amanda. Por lo visto, no tenía reparos en robarles los novios a las demás. De hecho, lo había hecho con su mejor amiga, así que podía estar con Mitch.

Christine apartó aquellos desagradables pensamientos de su cabeza y cabalgó disfrutando de la radiante mañana, respirando el maravilloso aire y galopando a medida que se iba acercando a la

laguna.

El agua allí caía por todas partes con musicalidad. Relajada, Christine tomó el camino que llevaba a la orilla. Sobre la superficie del agua nadaban unos cuantos patos de colores increíbles.

Era una escena tan maravillosa que se sintió en la gloria.

No había nada como la Madre Naturaleza.

A veces, cuando era pequeña y admiraba un bonito paisaje, había sentido ganas de llorar ante tanto esplendor.

Christine se sentó en silencio sobre una roca y se quedó mirando los patos. Había pocos momentos de tanta paz en su vida.

Allí podía pensar.

¿Qué necesitaba para ser feliz?

Había conseguido muchas cosas en la vida, había conseguido tener una carrera deslumbrante, pero hacía ya algún tiempo que quería algo más.

Quería un verdadero compromiso.

En el pasado, había estado tan enamorada de Mitch y Mitch había estado tan enamorado de ella que le había parecido que aquello iba durar para siempre.

A menudo, decían que eran el mismo río dividido en dos afluentes. Utilizando aquel mismo lenguaje, Christine pensó que no podía desembocar en Mitch sin haber arreglado antes ciertos remolinos internos de su propia vida.

Su abuela Ruth, más que nadie, se había pasado la vida intentando cambiarla. Pensar en ella todavía le producía angustia. Cuando estaba con su madre, la angustia se hacía más vivida.

A pesar de todo lo que había conseguido, los comentarios crueles de su madre le seguían doliendo.

Supuso que siempre sena así. Debía aceptarlo.

Su hermano quena que se quedara allí, quería que viviera con ellos en Wunnamurra. Lo cierto era que la casa era una mansión tan grande que había sitio para todos.

Aun así, Christine sabía que su madre no iba a aceptar fácilmente que su nuera fuera la nueva dueña de la casa, pues Ruth acababa de morir y a ella no le había dado tiempo de disfrutar realmente de su hegemonía.

Por otra parte, Christine le había prometido a su prima Suzanne cuidar de ella. La adolescente había perdido a sus padres y había que ayudarla. Christine estaba segura de que haría buenas migas con Fiona.

Además, su hermano le había insistido para que se incorporara a los negocios de la familia, algo que a Christine le apetecía

sobremanera.

Sin embargo, sabía que su futuro estaba en manos de Mitch. Su felicidad dependía de él. Lo había abandonado una vez por causas de fuerza mayor, pero no podría volverlo a hacer. Era difícil aceptar que había aniquilado la relación que antaño hubo entre ellos.

Tenía un par de compromisos profesionales que cumplir antes de poder volver a casa, pero una vez cumplidos estaba decidida a embarcarse en la aventura más apasionante de su vida.

-¡Adelante, Christine! -se dijo a sí misma en voz alta.

-Vaya, vaya, si es la pija de la señorita Reardon hablando sola -dijo una silueta saliendo de detrás de un arbusto-. Odio a las mujeres ricas y orgullosas -añadio Jack Cody deslizándose por la ladera.

Christine lo miró indignada.

¿Estaba borracho a esas horas?

-¿Qué hace aquí, Cody? -le preguntó temiendo que fuera peligroso-. Está despedido desde hace una semana.

-Bueno, me estoy tomando mi tiempo -gruñó-. No entiendo qué hice para que ese estúpido de Claydon me echara. Habría sido perfectamente capaz de ocuparme del semental.

-¿Está usted loco? El semental se habría ocupado de usted... o de cualquiera de nosotros.

-¡La típica contestación de una mujer! -se burló Cody-. No tenía sentido matarlo.

-Era necesario.

-Veo que es usted la admiradora número uno de Claydon.

-Eso no es asunto suyo. No se busque más problemas intentando intimidarme. Le aconsejo que se vaya.

-El problema es que me ha visto -contestó Cody.

-No lo habría visto si no hubiera salido usted de su escondite. Además, está usted borracho.

-Se equivoca. Estaba borracho ayer por la noche, pero ahora estoy perfectamente bien. ¿Le han dicho alguna vez que tiene usted los ojos más azules del mundo? Y ese pelo recogido en una trenza y esos pechos... es usted la mujer más guapa que he visto en mi vida.

-Váyase, Cody -le dijo Christine enfurecida.

Aunque tenía miedo porque el capataz era alto y fuerte, era obvio que todavía estaba borracho.

-No se asuste -dijo Cody acercándose a ella-. No le voy a hacer daño. Como mucho, le robaré un beso.

-¡No se acerque! -exclamó Christine cada vez más enfadada-. Soy amiga de Mitch Claydon, por si no lo recuerda. Estamos hablando

de un hombre al que debería temer.

-¿Y qué va a hacer Claydon? ¿Pegarme? Merecería la pena por poder hablar con usted -contestó Cody mirándola de arriba abajo de una manera que hizo que Christine apretara los puños.

-Lo siento mucho, pero no pienso hablar con usted -le dijo con frialdad-. ¡Váyase!

Cody sonrió.

-Tranquila, señorita. Sólo quiero un beso.

Christine dio una patada sobre la arena y se la echó a los ojos.

-No debería haber hecho eso -dijo Cody restregándose los ojos y alargando el brazo hacia ella.

Christine se apartó con violencia y le tiró más arena. Sólo disponía de unos segundos para salir corriendo. Jamás se había sentido amenazada físicamente por un hombre, pero ahora le latía el corazón a toda velocidad.

Por supuesto, Cody la siguió.

-¿Está usted loca o qué? Podemos arreglarlo...

Christine no se detuvo. Había visto deseo en los ojos de Cody. Aquel hombre era peligroso.

Borracho o no, resultó ser rápido y ágil. Christine aceleró el paso mientras subía por la ladera. Una rama baja le dio en la cara, pero no sintió dolor.

A medio camino, Cody la alcanzó, Christine se giró hacia él y le propinó una bofetada.

-¿Lo quiere por las malas?

A juzgar por cómo la miraba, aquel hombre estaba disfrutando de lo lindo.

-Se está metiendo usted en un buen lío —le avisó Christine notando que el sudor le resbalaba por la frente-. He quedado aquí con Mítch, está a punto de llegar.

-¿Espera que me lo crea? -dijo Cody poniéndole la mano en el hombro.

-Ya basta, Cody -le dijo Christine dándose cuenta del peligro que corría-. Lo voy a denunciar. No va a volver a encontrar trabajo.

-Muy bien -contestó el hombre tomándola entre sus brazos y fijándose en su boca-. Sólo un beso. Seguro que besa usted estupendamente. Un beso y le juro que me voy. Si usted quiere, claro, porque hay muchas mujeres que me encuentran atractivo.

Christíne sintió náuseas.

-Yo no -le aseguró.

Intentó calmarse y decidió no gritar. Estaban en una zona tan alejada que sería inútil y lo único que conseguiría sería que Cody le

pusiera la mano en la boca para callarla y tal vez para ahogarla.

Sintió sus dedos dentro de la camiseta, llegando a su sujetador.

-Es usted muy guapa, lo sabe, ¿verdad? A mí no me importa que sea tan alta -sonrió Cody inclinándose sobre ella-. No se preocupe, no le voy a hacer daño. De hecho, creo que le va a gustar. Ya verá, nos va a gustar mucho a los dos.

En ese momento, Christine levantó la rodilla con todas sus fuerzas y le dio una patada en la entrepierna.

Cody cayó de espaldas, gritando y maldiciendo como un poseso. Christine no se quedó a escucharlo, sino que salió corriendo ladera arriba.

— ¡Zorra! Ahora sí que te vas a enterar.

-No te muevas -dijo un hombre apareciendo al lado de Christine-. Vete de aquí -añadió mirándola.

-No pienso irme, Mitch -contestó Christine.

-No he hecho nada -gimió Cody-. Sólo nos lo estábamos pasando bien -añadió intimidado por la presencia de Mitch.

-La diversión no ha hecho más que empezar -le aseguró Mitch mirándolo fijamente.

-¡Lo puedo explicar! -gritó Cody intentando ponerse en pie.

-No ha pasado nada, Mitch -le aseguró Christine, preocupada al verlo tan enfadado.

-Chrissy, monta en tu caballo y vete -le ordenó sin mirarla-. Esto es entre Cody y yo.

-¡La señorita tiene razón! -dijo Cody muerto de dolor-. No he hecho nada.

-Exacto, no has hecho nada porque no te ha dado tiempo, pero ahora tú y yo vamos a tener todo el tiempo del mundo.

Cody lo miró aterrorizado.

-¡Espere un momento! -imploró.

Mitch miró a Christine.

-Christine, no te lo voy a volver a repetir, vete a casa. Esto no tiene nada que ver contigo.

Christine negó vehementemente con la cabeza.

-¡No! No te voy a dejar aquí en peligro.

Mitch estuvo a punto de reírse.

-No tienes por qué preocuparte por mí -le aseguró-. Sé cuidar de mí mismo, y también sé qué hacer con un tipo como Cody, que nos ha estado robando ganado con unos cuantos compañeros. La pena por robar ganado son diez años, Cody, ¿lo sabías? ¿Cómo se te ha ocurrido hacer una locura así? ¿No sabes que hago controles cada poco tiempo?

-Demuéstrelo -contestó Cody.

-Ya lo he hecho -contestó Mitch-. Hace días que avisé a la policía y que encontraron el ganado y a tus compañeros. No ha sido difícil que confesaran. El robo del ganado nos cuesta a los ganaderos tres millones de dólares al año. Has sido un loco por meterte en un asunto así. Te has fastidiado la vida. Y, para colmo, se te ocurre venir a molestar a la señorita Reardon. Por eso, te las vas a tener que ver conmigo.

Cody carraspeó.

-No se acerque a mí, Claydon. Su novia ya ha estado a punto de matarme con esa patada que me ha dado en la entrepierna. Le aseguro que no le iba a hacer daño. Sólo quería que me diera un beso, no la iba a violar. Dígaselo usted -le dijo a Christine.

-Deja que se vaya, Mitch -dijo ella poniéndole la mano en el brazo-. No merece la pena.

-Eso ya lo sé, pero no pienso dejar que se vaya -contestó Mích bajando la ladera.

-Sí, venga, pégueme -dijo Cody-. No me importa.

-¿De verdad?

Sin esperar un solo segundo más, Mitch le sacudió un puñetazo en la mandíbula que hizo que Cody, que se acababa de levantar, volviera a caer de espaldas.

-¡Oh, Dios! -exclamó Christine acercándose-. No lo vuelvas a pegar.

-No lo iba a hacer. Está fuera de combate -contestó Mitch-. ¿Por qué no te has sido como te he dicho?

-Porque no quena que te pasara nada -contestó Christine.

Mitch la miró con ojos burlones.

-No me iba a pasar nada, pero ya que te has quedado haz algo útil. Ve a mi coche y tráeme una cuerda. Voy a atarlo.

-Tiene sangre en la cara -apuntó Christine mirando al capataz.

-¡Qué pena! -se burló Mitch-. ¿Vas a por la cuerda o qué?

-Claro que sí -contestó Christine-. ¿Qué vas a hacer con él?

-Se me ocurren un par de cosas -contestó Mitch-. Ahorcarlo, atarlo y tirarlo al río... Pero creo que se lo voy a entregar a la policía.

-No creo que me hubiera hecho daño -dijo Christine nerviosa.

-No, claro que no -dijo Mitch en absoluto convencido.

-Además, ya casi había conseguido quitármelo de encima.

-¿Ah, sí?

-Sí. Estoy segura de que no me habría hecho nada.

-Me alegro porque, de lo contrario, me habría obligado a

matarlo.

A media tarde, la mayoría de los invitados ya se habían ido tras haber disfrutado de una maravillosa comida al aire libre.

Los únicos que quedaban eran Kyall, Sarah y las hermanas Logan.

Christine volvió a mirar en el armario y en los cajones de la mejor habitación de invitados, la suya, para asegurarse de que no se dejaba nada.

Había decidido volver a casa con su hermano. Sena absurdo que Mitch la tuviera que llevar.

El episodio con Cody la había asustado y no quería ni pensar en lo que habría podido ocurrir si Mitch no hubiera aparecido.

Su estancia en Marjimba había sido tan deliciosa que decidió olvidar aquel incidente. Su estancia en casa de los Claydon había sido tranquila y pacífica, pero ahora volvía a su casa y debía enfrentarse a su madre.

Una de las cosas que más deseaba en la vida era arreglar su relación con su progenitora, pero su madre era una mujer difícil.

Christine no había olvidado que su hermano le había dicho que su padre tenía una relación con otra mujer. Aquello la había sorprendido sobremanera.

En aquel momento llamaron a la puerta. Creyendo que sería Julanne, Christine sonrió encantada.

Pero era Mitch.

-¿Puedo pasar? -preguntó desde la puerta.

Christine no podía mirarlo sin desear estar entre sus brazos.

-Nunca has tenido que forzar la puerta de mi dormitorio para entrar -contestó Christine mientras lo observaba entrar y acercarse a la ventana.

-¿De verdad? Pues anoche estaba cerrada.

-Estás de broma... -comentó esperanzada.

¿Debía decirle que ella también se había planteado ir a su dormitorio?

-De verdad, vine hasta tu puerta, pero luego me lo pensé mejor y me fui -contestó Mitch mirándola burlón.

-¿Tal vez a la de Amanda?

-Chrissy, cariño, me parece que te estás tomando el asunto de Amanda demasiado en serio -dijo Mitch acercándose a ella y acariciándole la mejilla-. Esa pobre chica necesita buscarse un

trabajo que le mantenga la mente ocupada -añadió deslizando los dedos entre su pelo.

-Me pregunto cómo no se siente culpable cuando su hermana se mata a trabajar.

-No se siente culpable en absoluto -le aseguró Mitch dejando caer la mano-. ¿Te lo has pasado bien?

-¡Me lo he pasado fenomenal! -exclamó Christine con una sonrisa radiante-. Tu madre se porta mejor conmigo que la mía.

-Me apena oírte decir eso, pero lo cierto es que mi madre siempre te ha tratado como a una hija. Espero que algún día tu madre aprenda a valorarte -dijo Mitch sentándose.

-Yo también -dijo Christine-. Creo que me quiere a su manera -añadió sintiéndose vulnerable de repente.

-¿Cuánto tiempo te vas a quedar? -quiso saber Mitch.

Christine se sentó en el borde de la cama y lo miró.

-Tengo firmados unos desfiles en Sydney dentro de un par de semanas -contestó-. Aprovecharé para ver a Suzanne y para atar unos cuantos cabos sueltos.

-¿Te refieres a Ben Savage? -preguntó Mitch en tono cortante.

-¿Qué tiene que ver él con esto? -preguntó Christine sorprendida.

-Dímelo tú -contestó Mitch.

-Parece como si estuvieras esperando que te anunciara algo.

-¿No va a venir a Australia? He oído que va a estar en Sydney y, qué casualidad, tú también.

-Sí, va a venir a Sydney -contestó Christine tomando aire.

-¿O sea que lo sabías?

-¿Qué es esto? ¿El tercer grado? Sé que Ben está de gira para promocionar su serie. Es un actor muy famoso en Australia. Incluso a tu madre le gusta.

-No demasiado -dijo Mitch poniéndose las manos en la nuca y echándose hacia atrás-. Menos mal, porque la serie es bastante absurda.

-¿Tú también la ves? -se burló Christine-. ¡Estoes increíble!

-No, cariño, no tengo tan mal gusto -contestó Mitch-. Según lo que dicen los periódicos, Ben se pasa la vida buscando el verdadero amor. ¿Eres tú?

-Ben es un buen hombre, te caería bien.

-No si tú fueras su esposa -le espetó Mitch-. O su novia.

-Soy una de sus ex novias.

-¿Y él sabe cuál es la diferencia? ¿No ha dicho algo así como que jamás dejaría de quererte? -dijo Mitch mirándola a los ojos.

Christine hizo una mueca de disgusto.

-Eso suena a frase recurrente.

Mitch se puso en pie incómodo y fue hacia la terraza.

-¿Toma drogas?

Christine lo miró perpleja.

-¿Por qué me preguntas eso? No todos los actores las toman. Ben es un hombre muy inteligente.

-Pero tú conoces a un montón de gente que toma drogas, ¿verdad?

-Por supuesto -contestó Christine-. No te lo voy a ocultar.

-¿Y tú nunca te has sentido tentada?

-Mitch, ya te he dicho que no. No sé por qué sigues insistiendo. Creí que me conocías mejor -contestó Christine poniéndose en pie furiosa-. ¿Por qué me preguntas todo esto? -añadió sospechando que alguien estaba hablando mal de ella.

-¿Eso es un no?

-¡Vete al infierno! -le espetó-. Ya hemos hablado de esto antes. Es obvio que alguien te ha dicho algo, ¿verdad? ¿Algún amigo en común?

-Es normal que la gente hable de las personas famosas.

-¿Amanda por casualidad? Me apuesto el cuello a que ha sido ella. ¿Qué te ha dicho exactamente? ¿Te ha dicho que ha leído que Christine Reardon se divierte tomando drogas de diseño?

-Algo así -contestó Mitch encogiéndose de hombros.

-¿Y tú te lo crees?

Christine estaba tan furiosa y dolida que hubiera podido abofetearlo en aquellos momentos.

-La verdad es que no -confesó Mitch-. Te conozco bien, Chrissy, y sé que tienes la cabeza sobre los hombros.

-Entonces, ¿por qué me interrogas?

-Sólo para asegurarme.

La expresión de Christine pasó de sorpresa a disgusto.

-Oh, vaya, gracias.

-No ha sido mi intención insultarte. Perdóname si lo he hecho. No me había dado cuenta de que Amanda era tan peligrosa.

-Tendrías que mirarla más detenidamente cuando no lleve ese vestidito rojo. Es evidente que es de las personas que opinan que en la guerra y en el amor todo vale. Ha sido un golpe bajo por su parte y voy a ir a hablar con ella.

-Creo que deberías hacerlo. Por eso te lo he dicho -contestó Mitch-. ¿Ha llegado el momento de despedirnos? -añadió mirándola a los ojos.

-Espero que no -contestó Christine tragando saliva-. Todavía me voy a quedar unos días por aquí.

-Te vas a volver a ir...

-¿Tanto te cuesta entender, Mitch, que estoy en un momento crucial de mi vida en el que tengo que tomar una serie de decisiones muy difíciles?

-¡ Yo también! Suele pasar sobre los treinta años.

-Yo sólo tengo veintiocho -intentó reír Christine.

-Y estás estupenda, pero vamos al grano. ¿Me estás pidiendo que considere la posibilidad de que vas a volver a casa y vas a dejar atrás tus sueños?

-¿Por qué lo dices con tanto sarcasmo?

-Porque todo este asunto me causa mucho dolor, Chrissy. ¿Qué te parecería si fuera a verte a Sydney? -propuso.

-¿Lo dices en serio? ¿Podrías tomarte unos días?

-Creo que sí -contestó Mitch-. Te sigo queriendo, Chrissy, el problema es que no puedo confiar en tus buenas intenciones.

-Podrías hacerlo si dejaras de pensar en el pasado. Yo miró hacia el futuro.

-¿Y yo estoy en ese futuro?

-Por supuesto -suspiró Christine-. Te quiero, Mitch, y por eso precisamente me duele tanto que hables de mí a mis espaldas.

Aquello hizo reír a Mitch.

-¿Te refieres a Amanda? ¿Qué querías que hiciera con ella, lo mismo que con Cody? Yo no pego a las mujeres.

-Se me había olvidado que tú sólo las besas -contestó Christine.

-Sí, y estoy a punto de besarte a ti -dijo Mitch tomándola de la muñeca.

-Dame un beso fuerte y apasionado para que lo recuerde.

-No te preocupes, lo haré -contestó Mitch inclinándose sobre ella-. Lo quiero todo -murmuró-. Te quiero entera.

Christine creyó que se iba a desmayar, tal era su grado de excitación. Sentía los pechos inflamados y una tremenda punzada de deseo en el bajo vientre.

Le pasó los brazos por el cuello sin dejar de besarlo. La excitación corría por sus venas mientras sentía las manos de Mitch por todo el cuerpo, como si quisiera desnudarla.

Ojalá lo hiciera.

-¡Oh, Mitch! -gimió.

-Lo quiero todo -repitió Mitch.

Los besos y las caricias se intensificaron. Un minuto más y estarían en la cama. En aquel momento, cuando Christine tenía el

pelo revuelto y las mejillas sonrosadas, llamaron a la puerta.

-¡Oh, Dios mío, no me lo puedo creer!

-Tranquila... -dijo Mitch poniéndose en pie y yendo hacia la puerta mientras se peinaba un poco-. Parece ser que la única forma de estar contigo tranquilos es en mitad del campo.

-Eso parece -sonrió Christine-. Puedes llevarme siempre que quieras. ¿Estoy bien? -añadió metiéndose la camisa por el pantalón.

-Estás maravillosa -contestó Mitch-. No te preocupes, supongo que será mi madre.

Efectivamente, era Julanne. Al verlos así, sonrió encantada.

-¿Qué sería la vida sin el amor?

-Para mí, nada -contestó Mitch besando a su madre-. Estaba diciéndole a Chrissy lo mucho que hemos disfrutado de su compañía.

-Ya lo veo -dijo Julanne mirándolos-. Espero que podamos vernos antes de que te vayas a Sydney.

-Me han dicho que van a celebrar una fiesta para recaudar fondos para el hospital -contestó Christine cerrando las maletas-. Además, a Sarah se le ha ocurrido organizar un partido de polo y una comida en Wunnamurra.

-Tu hermano no me había dicho nada.

-Es que todavía no hay nada decidido, pero ya te lo dirá. Al fin y al cabo, eres su mejor jugador.

-Entonces, ¿nos volveremos saber? -quiso saber Mitch.

-Me aseguraré de que así sea -contestó Christine sonrojándose.

Christine no tuvo tiempo de hablar a solas con Amanda hasta que llegaron a Wybourne Station.

-Creí que mi padre vendría a buscarnos -se lamentó Amanda-. Últimamente, no hace nada por nosotras.

-¿No está en tratamiento? -preguntó Christine con delicadeza.

-¿Por qué iba a estarlo? -contestó Amanda como si la hubiera picado un tábano.

-Supongo que porque no debe de haber nada peor en el mundo que perder un hijo -contestó Christine-. Tus padres querían tanto a tu hermano que supongo que se habrán visto sumidos en una terrible depresión.

-¿Y acaso hay tratamiento para la depresión? -se burló Amanda en tono amargo-. Hace ya años de aquello. Otras personas rehacen sus vidas, pero mis padres han tirado la toalla.

-Lamento mucho oír eso, Amanda, pero hay antidepresivos, psiquiatras y otras cosas para sobrevivir. Debes ayudar a tus padres. Todos en nuestras vidas vamos a tener un momento en el que vamos a necesitar ayuda.

-Mi padre no acepta ayuda de nadie -contestó Amanda con dureza-. Mi madre va a ver a Sarah de vez en cuando y yo lo he pasado muy mal, pero como era pequeña nadie se ha preocupado por mí.

-Estoy segura de que tus padres se han preocupado por ti -le aseguró Christine-, pero como tú bien has dicho, Amanda, tú eras pequeña. Una niña tiene más tiempo para asimilar la terrible pérdida. ¿Qué me dices de tus padres y de tu hermana?

Amanda frunció el ceño.

-Todo el mundo se preocupa por mi hermana y por lo mucho que trabaja. Se lo tiene merecido por lo que hizo.

Christine miró a Amanda sorprendida.

-¿Tuvo ella la culpa, Amanda? ¿No serías tú, que dejaste a los gemelos solos?

-¡Cómo te atreves! -le espetó Amanda con furia.

-Exactamente igual que tú te atreves a culpar a tu hermana -contestó Christine-. Shelley lleva toda su vida cargando con aquella culpa.

-Se lo merece -repitió Amanda.

Christine tragó saliva.

-No me puedo creer que lo digas en serio.

-Shelley lo empujó al agua y ella se salvó -dijo Amanda sin compasión.

-¿No será que tú llegaste demasiado tarde?

Durante un segundo, Amanda se quedó en blanco.

-No me puedo creer que me estés echando la culpa. Shelley era una niña hiperactiva y estaba todo el día metiéndose en problemas, exactamente igual que ahora.

-Por lo que a mí me han dicho, lo está haciendo maravillosamente bien con los turistas -apuntó Christine.

-¿Y te crees que yo no la ayudo? No me remango y me pongo a fregar, por supuesto, pero hago lo que puedo. Además, yo tengo otros talentos de los que mi hermana carece. De todas formas, no quiero hablar de esto, Christine. Ni siquiera te conozco. Hoy en día, eres una desconocida para mí. La muerte de mi hermano es nuestra tragedia, no la tuya.

-Sí, eso me recuerda que quería hablar contigo de otra cosa -le espetó Christine-. Le has dicho a Mitch que yo me drogaba.

Amanda se quedó con la boca abierta.

-¿Te lo ha dicho él? -preguntó con incredulidad.

-Por supuesto. Mitch y yo estamos muy unidos. Siempre lo hemos estado.

-¿Ah, sí? No es eso lo que me ha dicho a mí. Según él, ha estado muchos años sin pensar en ti. Tú elegiste tu camino y saliste de su vida.

-Amanda, no te creo. Mitch es incapaz de decir eso. Lo único que quieres es meter cizaña entre nosotros.

-¿Por qué me atacas de esa manera?

-Estoy defendiendo mi reputación -contestó Christine mirándola a los ojos fijamente-. No pienso dejar que cuentes mentiras sobre mí y te vayas de rositas. Si es necesario, hablaré con tus padres.

-No te atreverás -contestó Amanda palideciendo.

-No me obligues a hacerlo. Le voy a pedir a Sarah que esté al tanto por si escucha rumores acerca de mí o de mi estilo de vida. Espero que entiendas lo que te estoy diciendo.

Obviamente, Amanda no esperaba aquella confrontación.

-No entiendo por qué adoptadas esta actitud conmigo -se defendió con lágrimas de cocodrilo-. Creí que lo había leído en alguna parte. Si no es así, si no es cierto, te pido perdón.

Aquella chica mentía muy bien.

-Amanda, te aconsejo que no vuelvas a mentir. Ahora, discúlpame, pero me voy a ir a despedir de tu hermana.

-¡La supermodelo se despide de la supertrabajadora! -se burló Amanda-. Espero que no seas con ella tan desagradable como has sido conmigo.

-Con una hermana como tú, Shelley no necesita que nadie más sea desagradable con ella -contestó Christine girándose y alejándose de Amanda.

CAPÍTULO 8

AL CABO de un par de días, Christine echaba tanto de menos a Mitch como una mujer perdida en el desierto sin agua.

Kyall y Sarah exudaban felicidad por los cuatro costados, sobre todo, porque les habían dicho que Fiona se iría a vivir con ellos definitivamente dos semanas antes de la boda.

Christine no se quería ni imaginar cómo estarían los Hazelton, la familia con la que había vivido la niña todos aquellos años.

Cuánto daño había hecho su abuela. Ruth había hecho sufrir a su familia, pero también a la de adopción de Fiona.

Afortunadamente, Kyall y Sarah habían decidido dar tiempo a los padres adoptivos de su hija y a la propia niña para que se acostumbraran a la nueva situación. Habían sido muy generosos e incluso habían insistido en que los Hazelton fueran a ver a Fiona siempre que quisieran.

Christine tenía muchísimas ganas de conocer a su sobrina y muchas esperanzas de que Suzanne y ella se llevaran bien. Ojalá Fiona fuera tan amable y sensible como su madre; así, ayudaría a su prima, que estaba pasando una mala época.

Una mañana, al volver de su paseo matutino a caballo, Christine se encontró con que sus padres estaban discutiendo. Sus voces, procedentes del salón, llegaban hasta el vestíbulo.

Christine se quedó de piedra. Era muy raro que sus padres discutieran. De hecho, podía contar las veces que lo habían hecho con los dedos de una mano. Su padre era un hombre muy civilizado, quizá demasiado, y siempre permitía que su madre se saliera con la suya.

Por lo único por lo que se había enfrentado a su mujer había sido precisamente para defender a Christine de sus garras y de las de su madre.

Christine no tenía ganas de meterse en aquel problema, así que comenzó a subir las escaleras de mármol de puntillas, pero cuando su madre apareció con la cara cubierta de lágrimas se paró y fue a consolarla.

Christine la miró horrorizada. Su madre no lloraba jamás.

-Mamá, ¿qué te pasa?

-Quítate del medio, Christine -contestó Enid temblando de furia.

-¿No te puedo ayudar?

Su madre la miró como si estuviera a punto de ponerse a gritar y a patalear.

-Tu padre me quiere dejar -contestó gritando a todo gritar.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó Christine.

¿Cómo no se lo había imaginado? Al fin y al cabo, su hermano la había avisado.

-¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿Oh, Dios mío? Tú siempre te pones de su parte -dijo Enid retorciéndose las manos.

-Mamá, eso no es justo. Lo siento muchísimo -le aseguró Christine.

-¿Lo sientes? -repitió su madre mirándola con unos ojos tan fieros que a Christine le recordó a su abuela-. ¿Cómo crees que me siento yo? Lo he hecho todo por él... Lo he cuidado durante... treinta y tres años. Y ahora me traiciona con alguna barriobajera de la ciudad. ¡Qué vergüenza! Menos mal que por lo menos mi madre no está aquí para verlo.

Aquella hipocresía fue demasiado para Christine.

-No metas a la abuela en esto -contestó-. La abuela no hizo más que daño en toda su vida. Empezando por papá, al que siempre trató fatal. Ella también decía que cuidaba de él, pero era mentira. Papá ha trabajado mucho durante toda su vida por Wunnamurra y por ti.

-Muy bien, tengo muy claro de qué parte estás -exclamó Enid con amargura-. Siempre defiendes a tu padre. Te advierto que lo considero una traición por tu parte -le reprochó su madre dejándose caer en un escalón y tapándose la cara con las manos.

-También me preocupas mucho tú, mamá -le aseguró Christine acercándose a ella con cautela-. No te quiero ver sufrir.

-Esto es una humillación -dijo Enid mirando a su hija-. ¡Tu padre ha estado manteniendo relaciones sexuales con otra mujer! No me lo puedo creer -añadió con una risa histérica.

-¿Por qué no, mamá? -dijo Christine sentándose a su lado-. Es increíble que, porque tú vivas con normalidad sin sexo, quieras que papá haga lo mismo. Estamos hablando de un hombre fuerte, sano y guapo.

-Sí, y que es mi marido -gritó Enid como si todo lo demás no le importara.

-Eso no lo convierte en tu esclavo.

-No me hables así -la amenazó su madre-. No me gusta. Te exijo respeto. Supongo que en estos años habrás visto de todo por ahí, pero aquí en casa las cosas son diferentes. Aquí el matrimonio es sagrado. Jamás ha habido un divorcio en la familia.

-¿Te preocupa el escándalo o perder a papá? -quiso saber Christine, sorprendida de que su madre no hubiera estallado ya.

-No lo voy a perder -contestó Enid apretando los dientes-. No pienso dejarlo ir.

-Mamá, siento mucho decirte que no lo puedes obligar a quedarse.

-Te equivocas.

-¿Cómo?

-Puedo hacerle la vida imposible. Puedo hacer que le sea imposible vivir en los territorios de mi familia y, desde luego, que no pueda llevar el nivel de vida al que está acostumbrado.

-Dudo mucho que papá quiera tu dinero -contestó Christine, pensando que ella ayudaría a su padre económicamente si se lo pidiera-. ¿Quién es la mujer por la que te quiere dejar?

-No me lo quiere decir, pero lo voy a averiguar -contestó Enid-. Debe de estar loca si cree que me puede humillar así. La voy a matar.

-No digas tonterías, mamá. ¿No te has dado cuenta de que le has servido a papá en bandeja de plata? Lo has echado de tu vida sin pensártelo dos veces. De hecho, dormís en habitaciones separadas, ¿verdad?

-Eso no es asunto tuyo -contestó Enid con furia.

-Puede que no, pero creo que deberías empezar a reflexionar por qué has perdido a tu marido y cómo vas a hacer para recuperarlo. Espero que sea una lucha limpia.

Enid se tapó los oídos.

-¿Y qué sabes tú de problemas matrimoniales? -le espetó a su hija-. Tú perdiste a Mitchell Claydon. Yo he sido una esposa maravillosa y una gran madre. Estoy increíblemente decepcionada contigo y con tu padre, Christine. Después de todo lo que he hecho por vosotros, no me queréis. ¿Por qué no te vas con él? Está en su despacho. Y pensar que

dentro de poco hacemos treinta y cuatro años de casados... ¡Menudo aniversario! ¡Menuda traición! Y tiene la osadía de decir que es una mujer encantadora. ¿Sabías que tu padre se acostaba con otra?

Christine se puso en pie mientras se preguntaba si la relación con su madre iba a ser tan mala como en su infancia y su adolescencia.

-¿Por qué no hablas con Kyall de esto? -le sugirió a Enid—. Es tu favorito, ¿recuerdas? Yo soy sólo Christine. Por supuesto que voy a ir a hablar con papá. A pesar de mis buenas intenciones, las

conversaciones contigo siempre resultan desastrosas. Aun así, lo siento, mamá. Verte feliz es importante para mí.

-¡Vete! -sollozó Enid-. Nunca me has querido, Christine. Somos muy diferentes. Pero mi hijo no tolerará este sufrimiento.

Christine encontró a su padre sentado y tranquilo.

-Papá, por el amor de Dios, ¿qué has hecho? -le dijo cerrando la puerta de su despacho y sentándose en el sofá de cuero.

-Ha sido horrible tener que hacerlo, Chris, pero ya no puedo más. Este matrimonio ha ido mal desde que nos vinimos a vivir aquí con tu abuela.

-¿Y por qué no os fuisteis?

-¿Cómo iba a alejar a tu madre de la casa que adora? Luego, cuando nació tu hermano, ya fue imposible, pues tu abuela lo idolatraba. Lo nombró su heredero. Kyall McQueen. Tu madre y yo nunca fuimos una pareja enamorada. Al principio, me gustaba mucho y nos entendíamos bien. Supongo que entonces creí que las cosas saldrían bien, pero nos equivocamos los dos y tuvimos que hacer frente a nuestras responsabilidades. Jamás me separé de tu madre por vosotros, no podía soportar la vida sin mis hijos. Además, estaba Ruth, y para ella también erais importantes.

-A mí me habría perdido de vista gustosa -rió Christine.

-No te creas. Te necesitaba para atormentarte. Tu madre es exactamente igual.

-Está destrozada -dijo Christine.

-Lo siento mucho, pero tengo derecho a ser feliz. Ahora tu hermano y tú ya no me necesitáis, y tu madre nunca me ha necesitado.

-No creo que eso sea cierto, papá. Lo que le pasa a mamá es que no sabe demostrártelo.

-Da lo mismo. Ya es demasiado tarde. Con la muerte de tu abuela se terminó la farsa. Necesito ser yo mismo, no la sombra de tu madre. En cualquier caso, por primera vez en mi vida estoy completa y verdaderamente enamorado.

Christine entendía perfectamente a su padre.

-¿Te puedo preguntar de quién se trata? -le preguntó amablemente.

-No la conoces. Vino a vivir aquí después de que tú te hubieras ido. Es guapa y muy inteligente y, aunque es mucho más joven que yo, me quiere. Se llama Carol Lu y es artista. Pinta paisajes y da clases. Al principio me pareció imposible, creí que me lo estaba imaginando, pero de repente me di cuenta de que me quería tanto como yo a ella. Me da fuerzas, las fuerzas necesarias para romper

con tu madre.

-Papá, a mamá no se le da bien exteriorizar sus sentimientos, pero te quiere. Jamás se le ha pasado por la cabeza que la fueras a dejar -protestó Christine.

-Estoy decidido, Chris. Me voy y no me siento culpable. Para mí es una experiencia traumática romper mi matrimonio, pero estoy harto de vivir en una mentira. Hace ya mucho tiempo que este matrimonio no tiene sentido y no me quiero morir sin conocer la felicidad. Carol y yo podemos ser felices juntos. Hay entre nosotros una comunicación que jamás he conocido con tu madre, una intimidad extraordinaria y maravillosa y no estoy dispuesto a renunciar a ella. Ya no aguanto más en esta casa.

-No te vas a ir antes de la boda de Kyall, ¿verdad? -quiso saber Christine preocupada.

-No era mi intención que todo esto saltara por los aires hoy, pero tu madre ha dicho que yo la había fallado y ya no he podido más. Es una persona incapaz de dar paz.

-¿Y qué va a decir Kyall?

-No creo que le pille por sorpresa, y tu hermano jamás me negará la posibilidad de ser feliz -contestó Max con serenidad-. Comprendo que esta situación sea espantosa para tu madre y para vosotros, pero es la última oportunidad en la vida que tengo de ser feliz y no pienso desaprovecharla. Nuestro matrimonio ha terminado.

Christine pensó que, por una parte, irse a Sidney era un alivio tremendo. Había intentado hablar con su madre, pero era imposible consolarla.

A ojos de Enid, Christine era el enemigo. Christine siempre había querido más a su padre y Enid no estaba dispuesta a comprender que la única culpable de lo que estaba sucediendo era ella, que, con ayuda de su madre, había relegado a su marido a un segundo plano.

Tal y como había predicho su padre, Kyall no se sorprendió de la noticia. Para su hermano era inevitable. Al igual que a su hermana, le daba una pena terrible ver a su madre sufrir, pero ambos sentían una gran alegría por su padre.

Tras algunas conversaciones, Max y Enid accedieron a no separarse hasta después de la boda de su hijo.

-No podría soportar la vergüenza -había confesado su madre con

los ojos llorosos.

Quizá creyera que tras la boda de su hijo su propio matrimonio podría recomponerse.

Ni Kyall ni Christine tenían esperanzas en ello.

Sarah organizó el partido de polo y la comida en un abrir y cerrar de ojos, pero Christine tuvo que ayudarla, pues su futura cuñada no daba abasto en el hospital.

Christine no puso objeción, pues así estaba ocupada. Además, el polo era su deporte preferido y, como había apuntado muy juiciosamente Sarah, era una ocasión perfecta para recaudar fondos para el hospital.

El equipo por el que todo el mundo apostaba era el de su hermano, en el que jugaba Mitch. Ambos eran jóvenes, guapos y atléticos, pero Kyall había perdido a sus legiones de admiradoras porque se iba a casar.

Sin embargo, Mitch las mantenía. Todas ellas sabían que tenía una relación muy especial con Christine Reardon, pero también creían que ella era novia de Ben Savage, que iba a ir a Australia a promocionar su serie televisiva.

Para las chicas de la región, eso significaba que Mitch estaba libre.

Fue un día maravilloso en el que se recaudó mucho dinero para el hospital.

Por supuesto, las hermanas Logan acudieron a la cita. Amanda reía, hablaba y bromeaba además de lanzar pequeños grititos de excitación cada vez que Mitch tocaba la pelota. Lo cierto era que se lo comía con los ojos.

Sin embargo, tampoco tenía empacho en flirtear con todos los jóvenes atractivos de la fiesta. Parecía que Amanda Logan lo llevaba en la sangre.

Cuando terminó el partido que, por supuesto, ganó el equipo de Mitch, se acercó a él alborozada.

-¿No vas a saludar a una vieja amiga?

-Estás muy guapa.

Lo cierto era que estaba preciosa con un vestido amarillo de escote floreado.

-Me he vestido de amarillo porque una vez me dijiste que era el color que más me favorecía -contestó Amanda en tono coqueto.

-Y así es -le aseguró Mitch.

-Enhorabuena por haber ganado -dijo Amanda encantada.

-Ha sido un partido maravilloso. ¿Ha venido Shelley?

-Sí -contestó Amanda-. ¿Cuándo se marcha Christine a Sidney? -

añadió sin poder ocultar las ganas que tenía de perder de vista a la modelo.

-¿Por qué no se lo preguntas a ella? -le indicó Mitch.

-Así lo haré -rió Amanda-. Te quería pedir perdón si habéis discutido por mi culpa. Te aseguro que leí aquel artículo, pero debía de referirse a otra persona.

-Olvídalo, Amanda. Yo ya lo he hecho. Pero ten más cuidado en el futuro.

-Por supuesto. No sabes lo mal que me sentí al darme cuenta de mi error. Obviamente, le pedí perdón a Christine. Como es una persona maravillosa, lo entendió. Estas cosas pasan continuamente.

-¿Qué cosas?

Mitch miró por encima de la cabeza de Amanda y localizó a su adorada Christine. Llevaba el pelo suelto, como a él le gustaba, y un conjunto blanco que realzaba su gracia y elegancia naturales.

Había hecho un maravilloso trabajo organizando el partido, la comida y la recaudación de fondos y todo el mundo se acercaba a ella a darle la enhorabuena.

Mitch se moría por tenerla sólo para él.

-Ya sabes, uno se equivoca con lo que lee -sonrió Amanda-, pero con esto sí que no me he equivocado -añadió sacando una hoja de periódico del bolso.

-Amanda, no te vuelvas a poner en ridículo -le advirtió Mitch.

-Christine te había dicho que su relación con Ben Savage había terminado, ¿verdad? Entonces, ¿esto qué es? -dijo triunfante señalando una fotografía-. ¿Sexo desaforado o, quizás, amor?

-Amanda, esa fotografía es antigua -contestó Mitch-. Mira la fecha.

-Sí, pero menudo beso, ¿eh?

Mitch sintió que la furia lo invadía.

-¿Qué esperas ganar con todo esto, Amanda?

Amanda le agarró la mano.

-Estoy de tu parte, Mitch. Soy tu amiga. Puedes contar conmigo para lo que quieras. Quiero ahorrarte sufrimientos.

-Eres demasiado buena.

-Mitch, me preocupo por ti, de verdad -protestó Amanda-. Cuando vi esta fotografía en el periódico, entendí que es imposible que un hombre así te deje de gustar. Asúmelo, Mitch, te dejó una vez y lo va a volver hacer.

-Eso es asunto mío, Amanda, no tuyo -contestó Mitch mirándola a los ojos-. ¿Por qué no te quitas de en medio? Te lo agradecería infinitamente.

-Oh, Mitch, dicho así parece que lo único que hago es crear problemas...

-Amanda, todos sabemos que eso es lo único que sabes hacer.

Amanda se alejó medio sollozando mientras Mitch pensaba que no era más que una metomentodo. Aun así, tenía razón en una cosa. Aquel beso parecía muy real.

Tan real que hizo que Mitch se volviera a plantear muchas cosas. ¿Sería posible que Ben Savage y él tuvieran algo en común? ¿Sería posible que ambos fueran víctimas de Christine?

«Sólo te pido que confíes en mí».

Las palabras de Christine retumbaban en su cabeza. Veía sus ojos implorantes pidiéndole que tuviera fe en ella. Debería ser fácil y de alguna forma lo era, pero había algo que lo hacía dudar.

Cuando Mitch fue hacia Christine, la encontró rodeada de gente en un ambiente relajado en el que todos se reían. Ella lo miró e intentó descifrar la expresión de su rostro. Debería estar feliz, pues su equipo había ganado, pero no era así.

-Perdonadme un momento -sonrió mirando a sus acompañantes-. ¿Te pasa algo? -añadió una vez a solas con Mitch.

-No, no me pasa nada -contestó Mitch mientras se alejaban de la carpa en la que los invitados disfrutaban de los canapés y los refrescos.

Tuvo que apartar los ojos de Christine, pues le rompía el corazón.

-Tus ojos te delatan -apuntó ella.

-Eso dicen.

-Sospecho que Amanda tiene algo que ver con todo esto. Te he visto hablando con ella.

-Más bien, la has visto a ella hablando conmigo -la corrigió Mitch.

-¿Y qué te ha dicho esta vez?

-No deberías preguntarme esas cosas, Chris.

-Deberías-contestar. Si quieres que tengamos un futuro juntos, claro...

-¿Debería albergar esperanzas? -dijo Mitch con ironía.

-¿Quieres albergarlas? Esa es la verdadera pregunta. Mitch, no hay nadie más en mi vida.

-¿De verdad? -preguntó Mitch.

Quería gritar que la amaba, pero no podía.

-No me pongas las cosas difíciles -le suplicó Christine-. Estoy teniendo un día maravilloso, todo el mundo está encantado con la fiesta.

-Ha venido mucha gente -dijo Mitch mirando a su alrededor.

-Sí, por eso hemos recaudado tanto dinero para el hospital. Estoy muy contenta porque ha sido la primera vez que he organizado un evento así -contestó Christine sinceramente.

-Lo has hecho fenomenal -apuntó Mitch orgulloso de ella.

-¿Qué te ha dicho Amanda? Es obvio que está intentando separarme de ti, que desaparezca de tu vida.

-¿Otra vez?

-Te estás comportando como un canalla, de verdad -dijo Christine agarrándolo de la mano-. ¿Por qué te sientes amenazado? Creía que ya habíamos solucionado esto.

Mitch se quedó mirando sus dedos entrelazados.

-Lo cierto es, Chrissy, que no sé qué planes tienes. Me has dicho que estás pensando seriamente en dejar tu profesión y a mí me encantaría creerte, pero cuando llegues a Sydney podría ocurrir cualquier cosa. Supongo que volverás a sentir el gusanillo de la pasarela. Además, te va a ser muy difícil quitarte de encima a Savage.

-Muy bien, ya veo por dónde van los tiros -contestó Christine-. Así que todo esto es por Ben. Amanda ha vuelto a abrir la boca. Mira que se lo advertí.

-No lo digo por Amanda -dijo Mitch sin soltarle la mano-. Es lo que yo pienso, Chrissy.

-¿No puedes olvidar el pasado?

-Ya te he dicho que no me resulta fácil -admitió Mitch dándose cuenta de lo mucho que la quería-. Por otra parte, imaginarme la vida sin ti es espantoso.

-A mí me pasa lo mismo.

-No me digas esas cosas. Lo único que consigues es que me haga ilusiones.

-Mitch, las digo porque las siento. Deja de castigarme por lo que ocurrió en el pasado. Tenemos que pasar página.

-Lo sé -contestó Mitch parándose y mirándola a los ojos.

Se moría por besarla, por sentir su cuerpo. A veces, el deseo era tan fuerte que se maldecía a sí mismo por su debilidad.

No podía besarla, por supuesto, porque había mucha gente, pero amaba a aquella mujer desde la niñez. Ese era el problema. Nada había cambiado.

-Si voy a verte a Sydney, jamás me separaré de ti -le advirtió-.

Eres la mujer que quiero a mi lado, con la que quiero tener hijos. Eres mi vida. Es una gran responsabilidad, Chrissy. Será mejor que te lo pienses bien.

-¿Y qué te crees que he estado haciendo? -susurró Christine deseando abrazarlo.

A pesar de que estaban rodeados de gente, Mitch no pudo evitar tomarla de la cintura.

-No quiero que te vayas -confesó-. No quiero separarme de ti ni un minuto. Quiero ver tu rostro nada más despertarme. Quiero hacerte el amor todas las noches.

-Yo quiero lo mismo -contestó Christine con lágrimas en los ojos.

-Lo quieres ahora, pero te vas a ir. Cuando vuelvas de Sydney, vuélvemelo a decir -dijo Mitch.

CAPÍTULO 9

A LA CRÍTICA y a los espectadores les encantaron los desfiles. «Christine Reardon es una verdadera supermodelo», dijo el editor de una revista de moda.

Sobre todo, ensalzaron en ella el hecho de que la anorexia no la afectara. Era normal entre sus compañeras morirse de hambre para mantener la talla. Sin embargo, Christine comía bien y sano y hacía ejercicio con un entrenador personal. Era necesario mucho esfuerzo y disciplina, pero funcionaba.

Después del último desfile, se organizó una gran fiesta, como era costumbre.

Christine lucía uno de los vestidos más impresionantes de uno de los diseñadores de moda y Ben Savage no se separaba de ella, dando a entender a todos los presentes que seguían siendo pareja.

¿Qué pensaría Mitch si se enterara? Christine no sabía si alguien la estaría espiando. Después de las triquiñuelas de Amanda Logan todo era posible.

Para colmo, Ben había intentado besarla ya dos veces. Por la visto, le estaba costando entender que lo suyo había terminado.

Christine pensó en decirle que estaba completa y locamente enamorada de otro hombre, pero decidió no hacerlo, pues Ben era un hombre competitivo y aquello podía hacer que se esforzara aún más por recuperarla.

Alrededor de las dos de la madrugada, Christine decidió que se iba a dormir. Ben y ella habían sido las estrellas de la fiesta, que era precisamente lo que querían los organizadores, así que ya había cumplido.

Estaba intentando pedir un taxi disimuladamente cuando apareció él.

-Tienes suerte, cariño. Tengo una limusina esperándonos -anunció.

-¿De verdad?

-¿Te mentiría?

-Sí.

-Tienes razón, pero te aseguro que es cierto que hay una limusina esperándonos.

Hasta aquel momento, Christine no le había dicho dónde se hospedaba, pero entonces no tuvo más remedio que hacerlo.

-Ya era hora -exclamó Ben sin ocultar su satisfacción.

Mitch se había enterado de que los desfiles habían sido todo un éxito. Todas las críticas hablaban bien de Christine. La había visto desfilar en las revistas que compraba su madre, pero nunca la había visto en carne y hueso. Ahora, la estaba viendo, y estaba preciosa con todos esos vestidos y bien maquillada.

¡Parecía una diosa!

¡Su Chrissy!

Estaba completamente enamorado de ella. Con sólo verla, se derretía.

Había tenido suerte de encontrar un sitio donde sentarse. Todo estaba lleno, pero una mujer mayor lo había acomodado al fondo de la sala. Mitch había decidido ir a Sydney para sorprender a Christine y para disfrutar de verla en acción con aquellas ropas maravillosas. Ninguna de las otras modelos podían compararse con ella.

Ahora entendía por qué se la consideraba una de las mejores modelos del mundo.

¡Lo tenía todo!

Mitch miró a su alrededor y se dio cuenta de que a los presentes les encantaba. Christine sonreía en todas direcciones. Era una sonrisa verdadera. Se notaba que le encantaba su trabajo y su público.

Viendo aquello, Mitch tuvo miedo de que Christine no estuviera dispuesta a sacrificar aquella vida para volver a su lado.

Agonizaba pensando en cuándo le oiría decir aquellas dos palabras que él se moría por escuchar de sus labios: te quiero.

Diez minutos después, mientras Christine desfilaba con un precioso camisón de encaje azul marino, Mitch vio a la famosa estrella americana, Ben Savage.

La sorpresa dio pronto paso a la hostilidad.

Lo cierto era que aquel actor podría haber sido uno de sus hermanos. Se parecían muchísimo.

El resto del desfile se le antojó eterno. Mitch no podía parar de mirar al actor, que no ocultaba su entusiasmo por Christine.

¿Seguiría enamorado de ella? A juzgar por su comportamiento, así era. ¿Por eso habría ido a Australia? ¿Querría casarse con ella?

Mitch se dio cuenta de que la sonrisa de Ben no era una sonrisa de afecto hacia una ex novia, sino algo mucho más íntimo.

Christine y Ben.

¡ Cielo santo, eran amantes!

Definitivamente, Mitch quería una explicación.

Cuando el desfile término, se dirigió a los camerinos, pero allí le

informaron de que Christine se había ido a una fiesta. Por supuesto, con Ben Savage.

¿Estarían liados?

Mitch ya no podía más.

Sabía dónde se hospedaba Christine, pues su hermano le había hablado del piso que habían comprado en Sydney. Kyall viajaba constantemente y prefería alojarse allí que en un hotel.

Christine iba a ser el primer miembro de la familia en estrenarlo. ¿Christine o el actor y Christine?

Pensar que Christine estaba con otro hombre lo volvía loco. Podría haber vuelto con Savage.

¡Qué agonía!

Su propia inseguridad lo estaba matando. Decidió que, si de verdad la quería, debía concederle el beneficio de la duda.

Aun así, necesitaba una explicación.

¡Y sería mejor que fuera buena!

El piso no lo defraudó. Estaba situado en uno de los mejores edificios de la ciudad y tenía una soberbia vista sobre la bahía.

Kyall le había dado unas llaves por si Christine no estaba en casa cuando él llegara.

Mitch se sirvió una copa de whisky con hielo y se sentó en una de las butacas del salón. Se soltó la corbata y se quedó mirando al horizonte por el ventanal. Tenía que tranquilizarse antes de que llegara Christine.

¿Llegaría sola?

Ante la posibilidad de que no fuera así, Mitch sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

Lo había pasado fatal cuando Christine lo había abandonado por primera vez. De hecho, jamás se había repuesto de ello.

Dio un trago al whisky y decidió que, si Christine llegaba acompañada de Savage, no haría nada. Se pondría en pie y se iría a su casa, dejando el terreno libre a su rival.

Si no podía confiar en ella, no tenía sentido casarse con ella.

Ben insistió en acompañar a Christine hasta la puerta.

Christine sabía que aquel hombre constituía una amenaza, pero no se quería ir. Quería hablar con ella antes de que se marchara de la ciudad pues, según él, la idea de que Christine dejara su carrera era un gran error.

-¿Me invitas a una copa? -le dijo una vez en la puerta.

-Prefiero que no entres, Ben -contestó Christine.

-Sabes que puedes confiar en mí.

-Confío en ti, Ben. Eres lo que mi madre denomina un perfecto caballero.

-¿Y tú cómo me denominas?

-Un buen amigo.

-Entonces déjame pasar un rato, Chris -suplicó-. Si me dejaras abrazarte, se me pasarían todos los males. No deberíamos haberlo dejado.

-Ya no somos novios, Ben -le recordó Christine-. Además, desde que tú y yo lo dejamos has tenido unas cuantas relaciones, así que no me parece una buena idea dejarte pasar.

-¿Y si te digo que te sigo queriendo?

-Ben, lo nuestro ya es historia. Estuvo bien, pero era imposible que durara.

-Fue por mi culpa -se lamentó Ben dejando caer la cabeza sobre su hombro-. ¿Me das un beso antes de que me vaya?

-Me parece que no -sonrió Christine.

-¿Uno pequeñito por los viejos tiempos? -insistió Ben.

-No.

-¿No? Antes decías que sí -dijo Ben tomándole la cara entre las manos-. Uno cortito... -añadió con buenas intenciones.

Mitch fue hacia la puerta al oír voces.

Era Christine con un hombre de pronunciado acento estadounidense. Obviamente, Ben Savage.

¿Lo dejaría entrar Christine?

Habían pasado ya unos minutos y seguían en la puerta. ¿Qué estarían haciendo? Mitch estaba dispuesto a averiguarlo.

Era evidente que Savage seguía enamorado de Christine.

Mitch no quería meterse en la vida de Christine, pero no pudo evitar abrir la puerta. Al hacerlo, se encontró con la pareja fundida en un tierno beso.

Se dio cuenta de que estaba tan enfadado que podría resultar violento.

-Bueno, ahora sé que estáis juntos -comentó fríamente.

-¡Mitch! -exclamó Christine.

Mitch se dio cuenta de que en sus ojos azules había vergüenza e,

increíblemente, alivio.

-Hola, Chrissy, cariño, ¿qué tal estás? No hay palabras para describir cómo me siento en estos momentos.

Christine se dio cuenta de la ironía de sus palabras.

-¿Kyall te ha dado unas llaves?

-Por supuesto, por algo es mi mejor amigo -contestó con frialdad-. Tú debes de ser Ben -añadió mirando al actor.

-Sí, y tú debes ser el Mitch de Chris -contestó Ben-. Me ha hablado mucho de ti -sonrió a pesar de que aquel tipo le daba miedo.

-¿Ah, sí? ¿Y qué te ha contado? -quiso saber Mitch mirándolos a los dos.

Christine se apresuró a interponerse entre los dos.

-Ben ya se iba, Mitch -comentó.

-Sí, ya me iba -dijo Ben-. Me alegro mucho de haberte conocido, Mitch. Eres un hombre muy afortunado. Llámame, Chris -se despidió de ella dándole un beso en la mejilla.

-Gracias por traerme a casa, Ben.

-De nada. Pórtate bien -dijo Ben corriendo hacia el ascensor.

-Creí que eso de despedirse en la puerta era de adolescentes -se burló Mitch-. ¿Por qué no lo has invitado a pasar?

-Porque ya se iba -se defendió Christine.

-Ha sido un poco vergonzoso, ¿no crees?

-Se suponía que no ibas a venir hasta dentro de dos días -contestó Christine.

-Me alegro de haber venido antes. Así te he pillado.

-¿Me has pillado? ¡Oh, por favor! -exclamó Christine entrando en casa.

-¿No ha sido así? -dijo Mitch siguiéndola.

-Ben estaba dándome un beso de despedida.

-Eso es obvio. En ningún momento he pensado que te estuviera haciendo el boca a boca -ironizó Mitch-. No me parece bien por tu parte, Christine, decirme que venga a verte a Sydney cuando estás también con Savage.

-Eso no es cierto -contestó Christine-. Te quiero.

-Sí, eso ya me lo has dicho antes -dijo Mitch disgustado-. ¿Estás quemando todas tus naves antes de casarte o qué?

-Mira, Ben y yo terminamos hace mucho tiempo, pero seguimos siendo amigos.

-¿Y te parece normal seguir acostándote con tus amigos? -le espetó Mitch con amargura.

-Mitch, me parece que los celos te están trastornando.

-Completamente -admitió Mitch-. No me gusta verte con Savage cuando me habías convencido de que ibas a volver conmigo.

-¡Por Dios, Mitch, no te estaba siendo infiel! Sólo ha sido un beso.

-Ojalá pudiera creerte, pero no puedo. Lo siento, Chrissy. A mí me ha parecido que detrás de ese beso había mucho más -contestó girándose.

-¿Qué haces? -dijo Christine corriendo tras él y agarrándolo de la manga.

-Me voy -contestó Mitch-. Ahora me toca mí.

Después de tanto tiempo, seguía sin perdonarla.

-Por favor, Mitch, no te vayas -suplicó Christine-. Por favor. Podremos superarlo. No ha sido nada.

-Lo siento -contestó Mitch sacudiendo la cabeza-. Me gustan las mujeres fíeles.

-Pero si tú has mantenido relaciones con muchas desde que yo me fui -le espetó Christine-. ¿Qué me cuentas de esa víbora de Amanda Logan?

-¿Cómo te atreves a hablar así de ella después de lo que me has hecho? Me has estado engañando.

-¿No estás sacando conclusiones precipitadas? Yo no quería que Ben me besara.

-Pues a mí no me ha parecido que se lo hayas impedido.

-Lo que ha ocurrido es que se ha dejado llevar.

-Eso, desde luego -contestó Mitch con desdén.

-Te quiero, Mitch. ¿No lo entiendes?

-Parece ser que no -contestó Mitch apartándola de su lado, furioso consigo mismo por desearla tanto.

-Ben se habría enfadado si no nos hubiéramos despedido como amigos.

-¡Dios! -explotó Mitch-. ¡Ya basta! Me apuesto el cuello a que ha estado besándote todos estos días.

-Mitch... por favor. A Ben se le ha ido la cabeza esta noche, pero a mí no.

-Ya, claro. ¿Te importaría soltarme?

-No pienso hacerlo -contestó Christine mirándolo a los ojos-. Tienes que calmarte y escucharme. Me lo debes.

-Las cosas no son así, Chrissy -contestó Mitch-. No te debo nada.

-Veo que tu amor no es incondicional -comentó Christine mirándolo con intensidad.

-No tengo tu capacidad de compartir.

-¿Sabes cuál es tu problema, Mitch? Estás traumatizado

emocionalmente.

-Sí, pero creo que al final lo voy a superar -contestó él yendo hacia la puerta.

Christine lo siguió desesperada.

-¿Por qué nos estamos peleando? No quería que nada de esto ocurriera.

-¿Lo dices para hacerme sentir mejor?

-Te quiero, Mitch -insistió Christine-. No puedo imaginarme la vida sin ti.

-¡Déjalo ya! -gritó Mitch.

No podía soportar las mentiras mezcladas con el deseo. Aquello lo estaba torturando.

-¿Dejar qué? Todo esto es un horrible error -contestó Christine abrazándolo-. Por favor, Mitch, no me hagas esto. Te quiero. No destruyas lo que hay entre nosotros.

Mitch se dio cuenta de que se estaba volviendo loco. Estaba completamente enamorado de ella... desde niño. Pero aquella locura tenía que terminar.

Aquella noche quería haberle pedido que se casara con él. De hecho, tenía el anillo de compromiso en el bolsillo de la chaqueta. Lo sentía cerca de su corazón.

-¡Déjalo, Chris! -repitió intentando apartarse de ella.

-No -contestó Christine mirándolo con aquellos increíbles ojos azules.

Eran exactamente del mismo color del zafiro que le había comprado.

-¿Por qué finges, Chris? ¿De qué te sirve? No hace falta que me expliques qué hacía aquí Savage. He estado en el desfile...

-¡No me lo creo! ¿Por qué no has venido a verme a mi camerino? Me habría encantado.

Hubo algo en su voz que tomó a Mitch por sorpresa. Un inequívoco tono de sinceridad.

-Fui, pero Savage y tú ya os habíais ido a una fiesta -contestó Mitch.

-Podrías haber ido tú también -dijo Christine-. Eres amigo mío y...

-¿Amigo tuyo? -estalló Mitch-. Christine, tenía sueños y tú los has destrozado.

-Mitch, ¿que es más importante, el amor o los celos?

-En mi caso, los celos son más fuertes. No estoy orgulloso de ello, pero así es. ¿Te importaría apartar tus preciosos dedos de mi brazo?

-No lo voy a hacer -contestó Christine-. Tienes que entrar en razón. Eres tan cabezota como una mula. Siempre lo has sido, pero tenemos que hablar de esto, Mitch.

-No -insistió Mitch-. No soy tan tonto como para no darme cuenta de que, si no hubiera abierto la puerta, ahora mismo estarías en la cama con Savage.

-Sigue, sigue... -lo animó Christine dándole un puñetazo en el pecho-. Haz lo que mejor se te da hacer: destrozarnos la vida. No me mires así. Eres un paranoico. Ben y yo tuvimos una relación en el pasado, pero fue sobre todo por lo mucho que se parecía a ti...

-Eso es puro morbo, ¿no te parece? -dijo Mitch agarrándole la mano.

-Probablemente. Era muy injusto para él, porque cuando estábamos juntos me imaginaba que eras tú. Acabe dejándolo porque no había nada serio entre nosotros. Sólo pensaba en ti, en volver a casa contigo.

-¡Olvídate de eso! -le advirtió Mitch-. He visto cómo te miraba Savage. He visto cómo te besaba. Está claro que para él lo vuestro no se ha terminado.

-¿Y a mí qué me importa? A Ben le gustan siempre las mujeres que no puede tener.

-Pero a ti sí te puede tener. Te ibas a entregar a él y los dos lo sabemos.

-Mitch, por favor, sólo le iba a dar un beso -se defendió Christine.

Y, de repente, las lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas.

Mitch jamás la había visto llorar.

-¿Christine?

-Cállate -contestó ella apartándose de él con furia-. Ya estoy harta de ti, Mitch Claydon. ¿Por qué desconfías de mí? ¿Es que nunca vas a cambiar? El hecho de que Ben me haya acompañado hoy a casa ha sido desafortunado, sí, es verdad. A veces no hay quién lo pare, pero es inofensivo. Te he dicho que te quiero, pero eso no es suficiente. Estás decidido a ignorarme. Jamás imaginé que fueras tan cruel.

-Supongo que lo soy -admitió Mitch preguntándose por qué incluso en aquellos momentos lo único que le importaba era tomarla entre sus brazos y consolarla.

Aquella mujer lo tenía completamente embrujado.

Al girarse bruscamente para apartarse de él, a Christine se le enganchó un tacón en el vestido.

-¡Maldición, maldición y maldición! -exclamó.

-Chris... déjame a mí.

-No me toques -le espetó-. Vuelve a Marjimba con tu pequeña Amanda.

-Lo siento, pero no puedo -contestó Mitch acariciándole el hombro.

Pero Christine se volvió a girar para que no la viera llorar.

Sin poder evitarlo, Mitch fue tras ella y la tomó entre sus brazos. Christine se revolvió para liberarse, pero no pudo.

-¡Tranquila, tranquila! -le rogó Mitch.

-¡Vete al infierno!

-Sin ti, es precisamente donde estoy -contestó Mitch apretándola contra su cuerpo.

Inmediatamente, el deseo se apoderó de él.

Christine lo miró a los ojos.

-Adelante, desata tu furia, te doy permiso para que lo hagas -le dijo.

-¿Para hacer qué? -preguntó Mitch acariciándole la nuca.

-Para hacer lo que te dé la gana -contestó Christine-. Me importa un bledo.

-Me parece que voy a empezar por quitarte ese vestido.

Christine no contestó, pero se le aceleró la respiración.

-Te juro, Mitch, que...

-Continúa -la instó Mitch.

Se ponía preciosa cuando estaba enfadada y Mitch no pudo evitar besarla. El placer fue tan intenso que sintió que le temblaban las rodillas.

Estaba al borde del precipicio. Tenía que elegir. Podía lanzarse o dar un paso atrás. Lo malo era que vivir con ella era también un abismo.

-Te quiero -repitió Christine tomándole el rostro entre las manos-. Siempre has sido la persona más especial e inolvidable de mi vida.

-¡Tan especial no debía de ser cuando te olvidaste de mí! -se burló Mitch-. ¡Pero te aseguro, mi amor, que esta vez no te vas a olvidar!

Mitch había tomado una decisión. Había decidido saltar. Sintió el corazón desbocado y la sangre corriéndole por el cuerpo en una carrera desaforada y apasionada.

Con Christine siempre le pasaba lo mismo.

Lo tenía hechizado.

La volvió a besar y se dio cuenta de lo mucho que la deseaba.

¿Cuál era el precio que debía pagar? ¿Zafiros, diamantes, rubíes, perlas? Christine estaba por encima de todo aquello.

Siguió besándola hasta quedarse sin aliento, hasta que Christine no supo ni lo que hacía ni lo que decía.

Mitch la tomó entonces en brazos y la condujo hacia su dormitorio. Una vez allí, la depositó sobre la cama y se quedó observándola.

-Chrissy, te voy a hacer el amor -anunció inevitablemente.

-Es lo que más deseo en el mundo -contestó ella.

-No quiero que hables.

-¿Para que no meta la pata?

-Porque no hay lugar para las palabras -contestó Mitch bajándole la cremallera del vestido.

Sus pechos quedaron al descubierto, pues no llevaba sujetador. Mitch deslizó el vestido hasta su cintura, por sus caderas y hasta el suelo. Todo muy lento. Todo con mucho cuidado.

Christine era perfecta.

Mitch le quitó las braguitas y comenzó a desnudarse. Christine se levantó de la cama y lo abrazó. A continuación, y tal y como él había hecho con ella, lo desnudó.

-Lo que siento por ti jamás cambiará -le dijo Mitch buscando su boca.

Sus labios se deslizaron por el escote hasta apresar un pezón erecto. Mitch le tomó las nalgas entre las manos y la apretó contra su cuerpo. Sus preciosas piernas se separaron para que la acariciara.

-¿Te puedo dejar embarazada?

Christine sintió ganas de reír.

-Es posible... pero deberías haberme dejado embarazada hace mucho tiempo -contestó sinceramente.

Mitch se apartó unos centímetros y la miró a los ojos.

-¿No te arrepentirás?

Christine lo abrazó.

-Creí que no íbamos a hablar -contestó.

-Si te acuestas ahora conmigo, jamás te dejaré marchar -le advirtió Mitch sintiendo pánico ante la idea de volver a perderla.

-Mitch, a ver si lo entiendes de una vez. Te quiero. Sólo a ti -contestó Christine muy seria-. No tengas miedo, estoy decidida a irme a casa contigo -le aseguró abrazándolo.

Mitch la tomó en brazos mientras sentía que el corazón le estallaba de gozo.

Entonces decidió que la rabia y el dolor del pasado debían evaporarse.

Debía olvidarse de todos los sueños que no se habían cumplido. Debía terminar con todas sus dudas. Incluso se le antojó que el sufrimiento, tal vez, hubiera sido necesario para sentir la increíble felicidad que sentía en aquellos momentos.

Mitch la depositó en la cama y admiró cómo le caía el pelo negro en cascadas sobre la almohada. Se colocó encima de ella, decidido a darle todo el placer del mundo. Christine se dejó hacer.

Cuanto más le daba Mitch, más quería ella. Era su mujer, su compañera Sentía las manos y la boca de Mitch por todo el cuerpo y no dudó en colocarse sobre él e introducir su erección en su cuerpo.

Mitch, decidido a aguantar todo lo que pudiera, le puso las manos en la cintura mientras ella se arqueaba y se movía rítmicamente.

Cuando ya no pudo más, la tumbó boca arriba y se colocó entre sus piernas.

-¡Espera! le indicó Christine con voz entrecortada-. Yo te digo cuándo.

Mitch se forzó a aguantar mientras se movía rítmicamente al compás de Christine, perfectos bailarines en aquella danza del amor. Cuando la oyó gritar su nombre, reconoció la señal y se dejó ir.

El placer fue tan intenso que Mitch comprendió que Christine no le estaba negando nada. Comprendió de repente que no podía dudar de ella.

-¡Mi preciosa Chris! -exclamó jadeante.

Ambos alcanzaron el orgasmo empapados en sudor.

Un solo cuerpo y una sola mente.

Separados en el pasado y para siempre unidos en el futuro.

EPILOGO

DESDE EL ventanal, Christine observó a los invitados de la boda. La brisa movía las faldas de los vestidos de las mujeres y hacía que el cálido aire del desierto no fuera tan tórrido.

Todas llevaban preciosos sombreros de formas y colores diferentes que rivalizaban con los de las flores del jardín.

El día estaba siendo perfecto.

Por fin, Kyall y Sarán se habían casado.

Christine no sentía más que amor en su interior. Desde que Mitch y ella se habían comprometido, sentía como si hubiera vuelto a nacer. En un movimiento espontáneo, se llevó el anillo a los labios y lo besó.

Era precioso, el símbolo de su amor, un maravilloso zafiro cuadrado rodeado de diamantes.

Mitch se lo había dado aquella noche tan especial en la que ambos habían decidido pasar el resto de sus vidas juntos.

Christine estaba segura de que había hecho lo correcto comprometiéndose con Mitch. No tenía ningún tipo de remordimientos por dejar su profesión. No había palabras para expresar la felicidad que la embargaba.

Christine Reardon, a sus veintiocho años de edad, ya no quería ser una supermodelo, sino esposa y madre.

Habían decidido tener cuatro hijos. Se los podían permitir económicamente, así que la decisión había sido fácil.

Mitch decía a todo aquel que lo quisiera escuchar que se sentía el hombre más afortunado del mundo, pues en pocos meses se casarían.

Christine ya había empezado con los preparativos de la boda y se pasaba el día soñando con su vestido y con su velo. Había decidido que se lo hiciera su diseñador preferido y también tenía decidido lo que iban a vestir sus damas de honor, cómo iba a ser la ceremonia e incluso la comida que se iba a servir en el banquete.

Pero antes, Mitch y ella tendrían que dar tiempo a los invitados de su hermano para que se recuperaran.

-Chris, ¿qué haces?

-Suzanne, pasa, cariño. -Contestó Chris con afecto.

Su prima, preciosa con su vestido color lila del mismo color que las florecitas que llevaba diseminadas entre los rizos, entró en su habitación llevando de la mano a Fiona. La pequeña también estaba preciosa, con un vestidito rosa y una gran flor destacando en su

preciosa cabellera rubia.

Ambas niñas se quedaron mirándola como si valiera un millón de dólares.

Sus miradas hablaban de amor y de admiración.

Christine llevaba un maravilloso vestido de gasa dorada que nadie había visto todavía con sandalias a juego, todo ello combinado con pedrería y flores azules.

-¡Oh, Chrissy, estás increíble! -exclamó Suzanne entusiasmada.

-Hay un montón de gente fuera -anunció Fiona muy contenta.

Las niñas se habían entendido bien desde el principio, lo que había sido un motivo de gran felicidad para todos.

-¡Esto es maravilloso! -exclamó su sobrina-. Un día puede que escriba un libro sobre esto.

-Seguro que lo harás -la animó Christine-. Venga, vamos con los demás, que todo el mundo vea lo guapísimas que estáis.

-¡Pues ya verás cuando te vea Mitch! -exclamó Suzanne-. Todo el mundo se va a quedar con la boca abierta.

-Todo el mundo estará pendiente de la novia -la corrigió Christine.

-Nosotras ya la hemos visto. ¡Parece un ángel! -exclamaron las dos niñas al unísono.

-Mi madre está radiante -dijo Fiona emocionada-. Confieso que yo estoy un poco nerviosa.

Christine la abrazó.

-Lo vas a hacer de maravilla -le aseguró.

-Todo tiene que ser perfecto.

-¡Cuánto me alegro de que hayas venido a vivir con nosotros, Fee! -exclamó Suzanne-. Se me había olvidado lo bonita que puede ser la vida.

Horas después, los recién casados estaban en el porche atendiendo a sus invitados. En breve, iniciarían su luna de miel, pero ahora era el momento de que la novia lanzara el ramo. Las damas de honor reían y se empujaban cariñosamente. Christine observaba la escena desde lejos, junto a Mitch, que había sido el testigo de su hermano.

Estaba tan obnubilada mirándolo que no se dio cuenta de que el ramo de Sarah iba directamente hacia ella.

-Será mejor que lo agarres, Chrissy -le dijo Mitch con amor-. ¡Ha tardado en llegar, pero definitivamente es para ti!

-¡Tienes razón! -rió Christine tomando el ramo al vuelo.

Todos los presentes se giraron hacia ella y aplaudieron encantados.

-Enhorabuena, mi amor -le dijo Mitch mirándola con adoración.

Aquel día fue uno de los mejores que se recordaban en Koomera Crossing desde hacía mucho tiempo.

Kyall y Sarah se habían casado por fin y habían recuperado milagrosamente a la hija que les había sido arrebatada.

Además, tras una relación interrumpida, el famoso Mitch Claydon y su novia de toda la vida convertida en superestrella mundial, Christine Reardon, estaban juntos de nuevo.

Todos los presentes tenían la sensación de que aquello era una preciosa fuente de inspiración.

Las bodas eran perfectas para atraer la armonía.